

# ANALES DEL ATENEO

DEL URUGUAY

AÑO IV—TOMO VIII

MONTEVIDEO, ABRIL 5 DE 1885

NÚMERO 44

## Memoria

DE LA COMISION DIRECTIVA DE LA SOCIEDAD DE AMIGOS DE LA EDUCACION  
POPULAR, DEL AÑO DE 1884

( Conclusion )

### LIBERTAD DE LA ESCUELA

La publicacion hecha por la Comision Directiva y las notas cambiadas con la Direccion General de Instruccion Pública que reproducimos más abajo, os impondrán de un suceso ocurrido durante el periodo de Exámenes de la Escuela « Elbio Fernandez », con motivo de un artículo que vió la luz en uno de los diarios de la Capital, referente á la enseñanza de la Historia de la República en el establecimiento de la Sociedad.

Cumplimos con el deber de instruiros de ese acontecimiento llamando vuestra atencion sobre la manera como ha sido apreciado y juzgado por la Comision Directiva.

### I

Sociedad de Amigos de la Educacion Popular — Comision Directiva.

Trae *El Partido Colorado*, en su número del 21 del corriente mes, un artículo en que se dice sustancialmente:

Que en los exámenes efectuados en la Escuela « Elbio Fernandez » « se han vertido expresiones depresivas de las glorias y hazañas del « General Artigas, rebajándolo á un nivel que rechaza enérgicamente « la verdad histórica y que hiere profundamente los más caros « sentimientos de la nacionalidad oriental. » La Redaccion « no tí- « tubea en calificar de *crimen de lesa patriotismo* » ese hecho, y

juzga « que es la consecuencia menguada de la enseñanza de la « calumnia y la diatriba en forma de historia que se le dá á los « niños que concurren á la Escuela « Elbio Fernandez »; que « hay « el deber de impedir que la obra de la diatriba y de la falsedad « histórica haga camino; » y que habiendo el gobierno ordenado « que no se enseñe en las escuelas públicas por el texto de historia « de que es autor el señor Berra, es necesario que la disposición se « haga extensiva á todas las escuelas que funcionan en la República. »

## II

Como estas expresiones contienen graves inexactitudes, la Comision Directiva de la Sociedad de Amigos ha acordado rectificarlas, declarando:

1.º Que la Comision Directiva no ha definido opinion alguna en favor ni en contra de ningun hecho ó persona de la historia nacional.

2.º Que no ha adoptado para texto de esta asignatura, ni la obra del doctor Berra, ni ninguna otra.

3.º Que los maestros de la Escuela « Elbio Fernandez » no inculcan en sus Clases ninguna de las opiniones contradictorias que sostienen los historiadores del Uruguay.

4.º Que la historia nacional se enseña principalmente á los alumnos de las Clases superiores, y que estos alumnos toman sus ideas en los libros que libremente consultan en sus domicilios, ó que sus familias les proporcionan.

5.º Que los maestros respetan en sus alumnos la libertad de juzgar los hechos y las personas segun su propio criterio, más ó menos influenciado por las ideas y sentimientos difundidos en las familias, propendiendo á evitar los juicios precipitados, así como los efectos de la pasion, por medio de discusiones razonadas entre los mismos alumnos; debates en que el maestro no interviene sino para moderar la forma y hacer observar las reglas elementales de toda discusion.

6.º Que de esta libertad de opinar y del juego natural de las influencias domésticas ha surgido un hecho obvio, y es que están representadas en la Escuela, por agrupaciones más ó menos numerosas, las opiniones capitales que en el pueblo se sostienen acerca de puntos históricos diversos, siendo la personalidad política del General Artigas objeto de las divisiones más pronunciadas, así como de los estudios más prolivos y de los debates más animados, preci-

samente porque de algun tiempo á esta parte se ha hecho concentrar el sentimiento público en aquella personalidad.

7.º Que dividida la clase F en dos grupos, uno de jóvenes que juzgan buenos todos los actos principales del General Artigas, otro de jóvenes que hallan hechos malos en la vida pública del caudillo, sin desconocer por eso el patriotismo de éste en sus campañas contra españoles y portugueses, estas opiniones encontradas se manifestaron en el exámen que rindió aquella Clase en la noche del viérnes, tan pronto como se trató de los sucesos posteriores á 1811. Todos los que presenciaron el exámen son testigos de que, si bien unos reprobaron una parte de los actos atribuidos al General Artigas, salieron otros á rectificarlos y á defenderlos. Esto prueba que los maestros de la Escuela « Elbio Fernandez » no influyen en el ánimo de sus discípulos.

## III

Examinadas las reglas de conducta que pudieran observarse respecto de la enseñanza de la historia, se reducen á éstas:

Se enseña la asignatura en las escuelas, ó no se enseña.

Si no se enseña, se incurre en una omision grave.

Si se enseña, ¿ qué partido se toma respecto de los puntos controvertidos ?

O se fijan las ideas y se imponen á los alumnos prohibiéndoles manifestarse en contra;

O se definen y las expone el maestro dejando á los alumnos en libertad para adoptarlas ó desecharlas, segun su razon les aconseje;

O no se definen, y el alumno, libre del influjo del maestro, recurre á todos los medios de instruccion que le proporcionan las librerías.

La Comision Directiva opina que la primera solucion es la más inconveniente, á la vez que ineficaz. Ineficaz, porque la prohibicion de discutir las ideas oficiales de la escuela no impedirá jamás que la juventud se abstenga de leer libros que pueda adquirir, ni que se sustraiga á la influencia de las personas que le rodean.

Creer otra cosa es dar prueba de que no se conoce la naturaleza de nuestra juventud, ni los sentimientos y el poder de la familia. — Es la más inconveniente, porque, como sofoca las tendencias expansivas de la juventud, importa un despotismo permanente ejercido en su inteligencia. Este despotismo se opone fundamentalmente, no sólo á los principios capitales de la enseñanza moderna, que

tiende á robustecer en los niños el sentimiento de su personalidad, sino tambien á las instituciones americanas, que reclaman de la escuela generaciones preparadas para ser ciudadanos pensadores, austeros y libres, y no masas de hombres habituados á someter pasivamente su carácter y su inteligencia á la voluntad de terceras personas.

Además, ¿de quién partirá la imposición? ¿Del maestro ó de la Direccion de la escuela? ¿De las autoridades públicas? Si lo primero, no se evita que cada maestro ó director enseñe lo que le parece más verdadero y más moral ó justo; no se consigue la uniformidad de las ideas inculcadas. Es un despotismo sin razon de ser. Si lo segundo, es querer someter el pensamiento de un pueblo entero á la opinion variable y falible de los gobernantes, estableciendo la más insoportable de las tiranías, en pugna abierta con la letra y el espíritu de nuestras instituciones. Un régimen semejante nada respeta. Se impondría hoy en historia, mañana en ciencias morales, otro día en religion. Habría desaparecido *la libertad de la escuela*, cuyo respeto interesa tanto á los artiguistas como á los no artiguistas, á los católicos y á los protestantes como á los librepensadores, á los metafísicos como á los positivistas, porque todos tienen en ella la garantía del progreso comun y de la conciencia individual.

La segunda solucion tiene la ventaja de no coartar el libre desenvolvimiento de la inteligencia que se educa é instruye; pero entraña el peligro de que en días de agitacion se vea el maestro comprometido en la lucha de las pasiones excitadas, y de que divorcie la escuela de una parte más ó menos considerable del pueblo, por causas temporales y acaso nímias, que ningun influjo han de ejercer en el porvenir.

No queda, pues, otra solucion conveniente que la tercera, que es la adoptada por la Sociedad de Amigos, para los casos en que las divisiones del pueblo determinen á la escuela una actitud prudente y moderada.

La Comision Directiva no decide ninguna controversia, ni la deciden tampoco los maestros, ni influyen de modo alguno para que los alumnos se inclinen más en un sentido que en otro. En historia, como en ciencias, los alumnos carecen de texto oficial. Cuando los maestros tienen que recurrir á la enseñanza oral, se contraen á presentar los objetos, y, á falta de ellos, exponen hechos universalmente admitidos; si es indispensable tocar algun punto dudoso,

exponen las opiniones contrarias y las ilustran cuanto pueden, para que sus discípulos no se aventuren con ligereza á proferir doctrinas que podrían ser inexactas. Y cuando las lecciones de Clase han de ser ampliadas por lecturas, los alumnos consultan en sus domicilios los libros que sus padres quieran proporcionarles, y vienen á la escuela á exponer las ideas así adquiridas. Como son frecuentes las divergencias, se recurre á la discusion, como medio de ampliar los conocimientos, de corregir errores y de adquirir firmes convicciones.

El maestro dirige estos debates; rara vez interviene en ellos de un modo activo. A menudo llegan á uniformarse las opiniones; algunas veces esta uniformidad es difícil, y en tales casos el maestro exhorta á estudiar más el punto, á consultar nuevas fuentes, y de este modo se llega ó no se llega á la unidad de pareceres, pero seguramente los alumnos profundizan la materia. Las cuestiones sobre el General Artigas, que están ahora á la órden del día, han motivado que no haya tal vez libro en Montevideo que no haya consultado la mayoría de la Clase F. Todos conocen el pró y el contra, y los discuten á pesar de las constantes exhortaciones del señor Panizza por que aplacen los estudios críticos para edades en que la razon pueda abordar tales problemas con más probabilidad de éxito.

En todo caso, las opiniones, sean favorables ó adversas, no han tenido origen en la escuela; lo han tenido fuera de ella. No hay fuerza humana capaz de evitar tales hechos, porque las ideas y los sentimientos que se refieren á la patria, á sus grandes sucesos, ó á las grandes colectividades políticas, se reciben antes que de la escuela, de la familia, en las calles, de todo cuanto rodea á la persona desde que nace, porque son ideas y sentimientos que flotan en la atmósfera, y que concurren á la formacion del sér, como elemento vital del aire que respira. ¿En dónde ha empezado el niño á ser *colorado ó blanco, conservador ó nacionalista*? No ha sido en la escuela; ha sido allí donde está aprendiendo á ser *artiguista* y *anti-artiguista*: en el mundo de sus afecciones. La escuela no tiene responsabilidad por este fenómeno, y debemos esforzarnos todos por que no la tenga.

Por lo demás, la discusion no es cosa que deba temerse. Sin ella muchas verdades serían ignoradas; por ella se han desvanecido errores universales, que durante siglos han obrado en el espíritu humano á favor del silencio con que fueron recibidas las pala-

bras *autorizadas*. La libre discusion es la garantía y la fuerza de la verdad. Si el patriotismo es un sentimiento noble, no lo es sino porque se funda en la nocion de lo verdadero. Por esto, al escudar la discusion la verdad, escuda tambien el patriotismo y lo hace triunfar al través de los extravíos y vacilaciones inherentes á la naturaleza humana.

Por fin, la prudente vigilancia y la dignidad de la Comision Directiva, no consienten que se amengüe en los alumnos el amor á la patria, ni se debilite el sentimiento de la independencia nacional. Son, pues, injustas las inculpaciones que *El Partido Colorado* hace á la Escuela «Elbio Fernandez», y la Comision las rechaza con energía en nombre del patriotismo que la inspira.

*Domingo Aramburú,*  
Secretario.

CÁRLOS M. DE PENA,  
Presidente.

Dirección General de Instrucción Pública de la República Oriental del Uruguay.

Montevideo, Setiembre 27 de 1881.

Señor Presidente de la Sociedad de Amigos de la Educación Popular.

Con motivo de una denuncia de un diario de la tarde que se acompaña, *El Partido Colorado*, sobre las condiciones de un examen de historia en la escuela costeada por esa asociación, el Ministerio de Instrucción Pública ha pedido informes al respecto á esta Dirección.

Constándole no funcionar ocasionalmente las Clases; en vista de la necesaria oportunidad, y dada la veracidad que naturalmente atribuye á la Comision Directiva para esclarecer los datos requeridos, la Dirección resolvió pedir al señor Presidente quiera manifestarle si el libro del doctor Berra, BOSQUEJO HISTÓRICO DE LA REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY, es el texto que en la Escuela «Elbio Fernandez» sirve para la enseñanza de la Historia Nacional, juzgándose severamente en el debate de las Clases y en actos públicos la personalidad histórica del General don José G. Artigas.

Con mi mayor consideracion saludo á esa distinguida Sociedad.

JACOBO A. VARELA,  
I. N.

*Antonio O. Villalba,*  
S. G.

Comision Directiva de la Sociedad de Amigos de la Educación Popular.

Montevideo, Octubre 2 de 1881.

Contéstese en los términos acordados.

PENA,  
Presidente.

*Antonio María Rodríguez,*  
Secretario.

Montevideo, Octubre 2 de 1881.

Señor Inspector Nacional de Instrucción Primaria.

He tenido el honor de recibir la nota fecha 27 de Setiembre, por la cual se ha servido Vd. comunicarme que habiendo pedido informe el Ministerio de Instrucción Pública á la Dirección General del mismo ramo, «con motivo de una denuncia de un diario de la tarde de que se acompaña, *El Partido Colorado*, sobre las condiciones de un examen en la Escuela de la «Sociedad de Amigos de la Educación Popular», ha resuelto la expresada Dirección pedirme «quiera manifestar si el libro del doctor Berra, BOSQUEJO HISTÓRICO DE LA REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY, es el texto que en la Escuela «Elbio Fernandez» sirve para la enseñanza de la Historia Nacional, juzgándose severamente en el debate de las Clases y «en actos públicos la personalidad histórica del General D. José G. Artigas.»

En vista de la nota relatada y de los antecedentes á que ella se refiere, la Comision Directiva ha acordado, que, si bien los términos en que la peticion viene concebida podrían dar lugar á dudas acerca de si ha sido consultada, como convenia, la disposicion del artículo 47 de la Ley de Instrucción Primaria, se conteste con la misma deferencia que la Sociedad ha tenido toda vez que se le han pedido opiniones ó datos relativos á la escuela.

En consecuencia, me complazco en manifestar á Vd. que teniendo en cuenta la disposicion del artículo 141 de la Constitución del Estado, segun la cual «*es enteramente libre* la comunicacion de los pensamientos por palabras, escritos privados ó publicados por la prensa, en *toda materia*, quedando responsable el autor por los abusos que cometiere *con arreglo á la ley*;» y en virtud de que el artículo 47 de la Ley de Instrucción Primaria declara «*libre* la

fundacion de establecimientos de educacion privados en toda la República, *sin más limitaciones*, que la facultad acordada « á las *Comisiones Departamentales* para solicitar de dichos establecimientos todos aquellos datos que se relacionen con los intereses escolares de su respectivo Departamento, » la obligacion impuesta á los Directores de Escuela, de « consentir toda inspeccion que se ordene por las autoridades competentes, en cumplimiento de las *disposiciones* relativas á la *higiene* y á la *moral pública*, » y la atribucion señalada á la *Direccion General*, de « ordenar en los casos que á su juicio justifiquen esta medida, visita de los colegios particulares, para informarse de si la enseñanza que en ellos se dá no es contraria á la moral y á la Constitucion de la República; » la Comision Directiva piensa que la Escuela « Elbio Fernandez », como todas las escuelas privadas que funcionan dentro de los límites del territorio nacional, tienen el derecho de enseñar la historia por los libros y los métodos que crean más convenientes, así como de apreciar los hechos y los personajes históricos con su propio criterio, sin que ninguna autoridad pueda coartar legítimamente esta libertad, mientras rijan las disposiciones legales y constitucionales que he citado.

Natural es que cada individuo ó corporacion use como le parezca más conveniente los derechos que la ley le reconoce; y, en tal concepto, la Comision Directiva ha consultado, al tratar la enseñanza de la historia, no solamente los altos intereses morales y pedagógicos á que la Sociedad de Amigos está consagrada, sino tambien las circunstancias que pudieran reclamar prudentes reglas de conducta.

Cediendo á la fuerza de estas consideraciones, prescribió, al muy poco tiempo de incluida la historia en el programa de estudios:

1.º Que los maestros se abstuviesen de emplear como texto el libro del doctor Berra y cualquiera otro, optando por que los jóvenes que asisten á la Escuela « Elbio Fernandez » estudien los sucesos en los libros que sus familias tengan á bien proporcionarles.

2.º Que cuiden de que las discusiones sobre los hechos históricos sean razonadas y se lleven con la debida moderacion, aunque sin coartar la libertad individual de sus discípulos.

Se observan cuidadosamente estas reglas en la Escuela « Elbio Fernandez », y se han cumplido en la ocasion á que se refiere la nota que contesto. Los maestros las aplican no sólo á todo punto relacionado con la personalidad de Artigas, sino tambien á los he-

chos correspondientes á otros personajes de la historia nacional, especialmente si son materia de controversia entre los historiadores.

La historia de la República, aunque breve, comprende muchos acontecimientos gloriosos, que pueden presentarse como ejemplos de virtudes cívicas y servir para excitar el patriotismo de la juventud.

La Escuela « Elbio Fernandez » se esmera por sacar de ellos toda la enseñanza de que son susceptibles. La discusion de algunos hechos ó personajes, no debilita la eficacia de esas lecciones de civismo, sino que, al contrario, produce el efecto de ilustrar los sentimientos y de vigorizarlos por el concurso de la reflexion.

Cumplido el encargo que recibí de la Comision Directiva, saludo á la Direccion General de Instruccion Pública con el mayor respeto.

CÁRLOS MARÍA DE PENA,  
Presidente.

*Domingo Aramburú*,  
Secretario.

#### PROYECTOS Y REFORMAS

Al terminar el año de 1884, han surgido en el seno de la Comision Directiva varios proyectos ó ideas de reforma, que serán objeto de estudio en el nuevo período de labor en que vamos á entrar.

Nadie se ha preocupado hasta ahora de la salud de los maestros, y sin embargo, es un hecho que el régimen alimenticio á que los obligan las tareas de la enseñanza que desempeñan muchas veces fuera del hogar de sus familias y el ardor ó impaciencia con que suelen acometerlas, pueden ser un peligro para su salud.

Pero, más graves aún deben considerarse esos peligros tratándose de los niños, cuyas fuerzas físicas é intelectuales se hallan en sus épocas de desarrollo. La edad á que deben ser admitidos los niños á la escuela, los cuidados de que deben ser objeto durante su permanencia en ella, su régimen alimenticio, y en consecuencia la distribucion del tiempo, las horas de entrada y salida de la escuela, las de trabajo, de ejercicio y de descanso, son asuntos de la mayor importancia y que han traído al seno de la Comision Directiva estas cuestiones:

¿El horario actual de las escuelas se ajusta á las prescripciones de la higiene?

¿Convenría dividir las tareas de las escuelas en dos períodos?

Para estudiar estos y otros puntos que con ellos se relacionan, la Comisión Directiva ha nombrado á los señores Arechavaleta y Berra.

Esas y otras reformas serán objeto de estudio de parte de la Directiva en el año que comienza.

---

CONCLUSION

Tales son los trabajos principales que la Comisión Directiva ha llevado á cabo en el año de 1884, y el éxito obtenido por la Sociedad en su perseverante empeño por contribuir al progreso y perfeccionamiento de la educación popular.

Siempre que en el país ha ocurrido algun hecho de trascendencia para la causa de la educación comun, nos hemos complacido en llamar sobre él la atención de nuestros consocios. El año transcurrido no ha sido señalado por ninguno de esos acontecimientos. Las escuelas llevan, sin embargo, una marcha regular, y sus maestros inspíranse con frecuencia en las ideas salidas de este centro.

Al despedirnos de vosotros y pedirnos la aprobacion de nuestros actos, lo hacemos abrigando las más halagüeñas esperanzas en el porvenir de la Sociedad.

Midiendo el camino recorrido y los resultados alcanzados, no es posible dudar de que perseverando, como lo hemos hecho hasta ahora, en nuestra obra, ella será coronada un día de resultados superiores á cuanto puede preverse.

Debemos, sin embargo, propender, por todos los medios á nuestro alcance, á aumentar el número de nuestros afiliados, de nuestros consocios, pues si bien la institucion gana anualmente en el prestigio moral, sus miembros disminuyen de algun tiempo á esta parte.

Os invitamos á ayudarnos en esa tarea, dando á conocer los fines elevados de la Sociedad y los trabajos que ha llevado á cabo desde la época de su fundacion.

Para esos fines nos será grato ponernos á disposicion de todos

los socios y facilitarles los informes y datos que les fuesen necesarios.

CÁRLOS MARÍA DE PENA, Presidente. — *José Arechavaleta*, Vice-Presidente — *Luis E. Piñero*, Tesorero. — *Juan M. de Vedia*, Bibliotecario. — *Domingo Aramburú*, Secretario. — *Antonio María Rodríguez*, Secretario. — *Francisco A. Berra*, Vocal. — *Alfredo Vazquez Acevedo*, Vocal. — *Luis H. Cabezudo*, Vocal.

## Las princesas de Casa Saboya

(TRADUCIDO DEL ITALIANO PARA LOS «ANALES DEL ATENEO DEL URUGUAY»)

POR DON PABLO ANTONINI Y DIEZ

Si la historia registra con orgullo los nombres de los condes, de los duques y de los reyes de Casa Saboya, valientes, leales, humanitarios; no menos numerosas y celebradas son las mujeres que de esa ilustre familia salieron para sentarse en los tronos más envidiables de la cristiandad. Amables y buenas en los dulces reposos de la paz, amantes de toda bella disciplina, consagradas á las santas afecciones y á los suaves cuidados de la casa, las princesas de Casa Saboya, en las duras pruebas á que están expuestos los Estados y las monarquías, — en la víspera de una revolucion, como al día siguiente de una derrota, siempre se mostraron dignas de su nombre, impávidas ante el peligro, grandes en la desventura.

¿Quién no recuerda las angustias de la pobre Berta, hija de Humberto I, casada con Enrique IV de Alemania, y no ha admirado el ardiente afecto que nutrió por su infeliz esposo? La imagen de la jóven emperatriz refulge todavía de vívida luz en medio de las tinieblas de la Edad Media, y la triste historia de tantos padecimientos y de tanta bondad, llega hasta nosotros en alas de la leyenda y en el eco de los cantos populares.

Con la dura suerte de Berta corren parejas las afortunadas vicisitudes de Matilde, primera reina de Portugal; de Adelaida, reina de Francia; de Ana, emperatriz de Constantinopla; y de Beatriz, la altanera y poderosa condesa de Provenza.

En defensa de los derechos de Margarita de Saboya, viuda de Artemano, landgrave de Alsacia, acudió Pedro II, el pequeño Carlomagno, y con fortuna. Así en el siglo XIII empezó el antagonismo entre las dos casas de Saboya y de Habsburgo, que debía en el siglo XIX concluir con el abandono de Italia de parte de la última.

Pero entre todas esas princesas, por grandeza de ánimo, por gallardía de propósitos y de inteligencia, se levanta altísima Luisa, la hermosa duquesa de Angulema, hija de Felipe II sin tierra y madre de Francisco I rey de Francia.

Fué mujer ávida de dominio y de gloria, experta en los negocios diplomáticos, celosísima custodia del poder de su hijo, á quien asistió siempre con sabios, ilustrados y á veces audaces consejos.

Regente del reino cuando Francisco fué derrotado por los españoles en Pavía, es á ella á quien el héroe francés dirigió la famosa carta alterada más tarde por la tradicion popular. El noble vencido escribía á su madre: « *De toutes choses ne m'est demeuré que l'honneur et la vie qui est sauvee.* »

Ante el inesperado y tremendo anuncio, pareció quebrarse el corazón de la nacion, que sabía á su rey prisionero y á los ejércitos prontos á invadir el hermoso reino; pero Luisa á todos dió aliento: despues de haber reunido cuantas tropas pudo, impuso contribuciones para proveer al Erario, llamó á su lado á los mejores y más ilustres hombres de Estado, y á las propuestas de Cárlos V tendentes á desmembrar la Francia, respondió con una arrogante repulsa. De manera que el Emperador tuvo que pactar; pero esto no obstante, la paz fué dura para los vencidos, quienes se vieron obligados á aceptar las cláusulas del tratado de Madrid y á dar en rehenes á los hijos mayores del rey.

Luisa no titubeó un instante y Francisco volvió libre á París. El tratado fué denunciado, la guerra continuó y la paz definitiva fué firmada en Cambray. De esta paz fué parte principalísima Luisa, que sostuvo las razones de su idolatrado Francisco, contra Margarita de Austria, Plenipotenciaria de Cárlos V.

Luisa de Saboya, con su constancia y con su magnanimidad salvó á la Francia de los más horribles desastres y conservó á la Casa de Angulema el cetro y la gloria.

Otro espléndido ejemplo de las más excelsas virtudes de mujer y de soberana, fué para la Europa entera María Luisa, hija de Victorio Amadeo II y esposa de Felipe V de España.

Nombrada Regente del reino por la ausencia momentánea del rey, supo hacer frente á los opositores de la política de Felipe, descubrir las intrigas de los cortesanos y defender admirablemente los intereses de España contra las pretensiones del Papa.

En Cádiz, durante la guerra de sucesion, había estallado una grande revuelta. María Luisa, informada del suceso, no perdió tiem-

po y declaró á su Consejo la intencion de formar á sus expensas un regimiento de caballería para reducir á la obediencia á la ciudad rebelde. Mas la vuelta de Felipe no permitió á María Luisa hacer efectiva su viril proposicion.

La jóven reina, tan amada y admirada por el pueblo á causa de la dulzura de su ánimo y de su valor indómito, murió tísica en medio del dolor de la nacion. Hoy todavía, el extranjero que visita las tumbas del Escorial puede leer, á la incierta claridad de una antorcha, sobre el alabastro transparente, un nombre de mujer. ¡Es el de María Luisa! Antes de morir quiso grabarlo ella misma con la punta de un alfiler sobre su lápida sepulcral.

De la desgraciada María Teresa de Saboya Cariñano, esposa del príncipe de Lamballe, todo escritor honesto y piadoso ha llorado el martirio y el suplicio inverecundo que á su hermoso cuerpo aplicó la furibunda plebe parisiense en los tenebrosos días del terror; y de María Elisabeta, la virreina del Estado Lombardo-Veneciano, todos recuerdan sus sentimientos itálicos y la viva afeccion que profesó á su hermano Carlos Alberto, al punto que sus parientes de Viena la tenían en cuenta de enemiga. Narran que, convertida en blanco de las malvadas insidias de los cortesanos, se intentó más de una vez arrancarle por medio de la confesion revelaciones importantes sobre las relaciones del príncipe de Cariñano con los liberales piemonteses, á fin de perder al magnánimo jóven y de privarle del trono, al cual, algun día, para dicha de Italia, debía ser llamado.

De ese temple son las princesas de la Casa de Saboya. Ni las que viven han degenerado, pues antes bien, en las mayores dificultades de su vida se mostraron á la altura de la fama y del valor de las antiguas.

El imperio del tercer Napoleon amenazaba ruina. En las Tullerías reinaba el espanto: ya se temia el inminente estallido de la revolucion: el pueblo empezaba á asumir una actitud tumultuosa: cada cual pensaba en salvarse. Y bien, en medio de tantos sustos, de tantas amenazas, sólo Clotilde de Saboya se mantuvo impasible y serena. A quien le aconsejó que huyese por una puerta secreta, contestó: « *Las mujeres de Saboya no salen sino por la puerta mayor.* » En efecto salió, como solia hacerlo, por el vestíbulo de honor del palacio imperial, mientras en la plaza aclamaban á la

República. Vanos fueron los ruegos de sus íntimos. Clotilde les cerró la boca con la célebre frase: « *Miedo y Saboya no se encontraron jamás.* »

Y María Pía, la reina de Portugal, no le va en zaga á su ilustre hermana. Un día se tiró en el Tajo para salvar á su Carlos, el heredero del trono, caído en el agua rapidísima del río, mientras jugaba con su hermanito. Y al mariscal de Saldanha, el mismo que tramaba revoluciones á causa de sus letras de cambio, que le preguntaba, al día siguiente de uno de sus acostumbrados golpes de Estado, cómo lo habria tratado don Luís, ella contestó: « Si yo fuera el Rey, á estas horas os habria mandado fusilar. » Por lo cual se ha dicho que el prepotente soldado no encontró sino un solo hombre en sus paseos militares, y ese hombre era una mujer!

¡La buena sangre de Saboya no se desmiente jamás!

Mañana es la fiesta de la Reina de Italia. Inclinémonos con la fina cortesía de galantes caballeros ante la primera dama de este país, ante la augusta consorte del Rey liberal, ante la hija del héroe expugnador de Peschiera.

La férrea corona de la longobarda Theodelinda nunca cedió frente más pura, frente más bella, ni el trono de Italia hospedó nunca más rico tesoro de donosura y piedad. Con inimitables estrofas cantó el poeta Carducci la virtud y el encanto de Margarita de Saboya: la rodea el pueblo con obsequioso y férvido afecto: la envidia la Europa toda.

En este día más fúlgida brilla la cruz de Saboya y con su luz ilumina los sagrados colores de la noble bandera que Victor Manuel plantó en el Capitolio.

Flamea altiva sobre las siete córtes caídas en la de la península italiana, la hermosa bandera tricolor.

Margarita la buena, ha bordado en sus pliegues, con letras de oro, el lema de su patria: « *Siempre adelante Saboya.* »

Roma, Noviembre 19 de 1851.

## Ricardo Wagner y los Wagneristas

POR FRANCISCO FLORIMO

(TRADUCCION DEL ITALIANO PARA LOS «ANALES DEL ATENEO»)

### INTRODUCCION

*Vagliami il buon voler se altro non lice.*

TASSONI.

En Abril de 1880, Ricardo Wagner, el Lutero de la música, como él mismo se designa, estuvo á visitar este secular conservatorio, y en presencia de este archivo, rodeado de las inmortales obras-jefes de tantos de nuestros maestros, me estrechaba afectuosamente la mano, me alababa por mi coleccion de volúmenes y de retratos, y me agradecía el opúsculo escrito por mí en ocasion de la fiesta de Bayreuth.—Yo había expresado mi opinion franca, la misma que aún tengo. Wagner es un genio, decía, y genio potente, el cual en su naturaleza de títan se esfuerza por crear una música nacional para su Germania; vosotros, jóvenes compositores, imitadlo en su grande amor por la patria; pero recordad que vuestro objeto es diferente: á vosotros toca perfeccionar nuestra vieja música, y al hacerlo, seguid su norma; pero dad á vuestras obras el colorido italiano de la melodía! Wagner me aseguró que había leído el opúsculo con interés y complacencia.

En aquella mañana lo acompañaba la ilustre señora que lleva su nombre, Cosima Liszt, su ángel tutelar. Dotada de esmerada instruccion, de espíritu sobre lo comun, y de alma amorosa y entusiasta, sabía participar de sus alegrías y dolores, de sus pensamientos é ideas; se consideraba fuertemente orgullosa de ser su consorte, y lo veneraba como un Dios.

— El Dios está ocupado — solía decir á los visitantes, cuando el maestro no estaba presente. — El Dios está trabajando en crear nuevos portentos, que el mundo admirará más tarde.

Vuelvo ahora, despues de la muerte del maestro, al agradable objeto, por la cortés invitacion del jónven y activo editor Morelli, y vuelvo, repito, á él, lleno de satisfaccion, porque me parece que nunca, como ahora, necesitan de repetidos consejos los jóvenes compositores.

La palabra de un viejo octogenario quizás no les será desagradable, porque es hija de la conciencia y de una experiencia larga y variada.

### PRIMERA PARTE

#### I

Ante todo, creo importante establecer en qué consiste la famosa reforma de Wagner.

Como de muchas otras cosas, de ésta, y más de ésta que de ninguna otra, me parece que se ha hablado mucho sin tener pleno conocimiento de la materia. Se ha discutido sobre Wagner por oídas, y la idea de su reforma ha llegado mediatamente, pasando, y anublándose á través de los cerebros de sus favorecedores y de sus adversarios; si cada uno de nosotros pusiese la mano sobre la conciencia, no se encontraría inmune de culpa. Lo han proclamado el anti-Cristo de la música italiana, lo han pintado hidrófobo, enemigo acérrimo de Rossini, de Bellini, de Verdi, de todo nuestro pasado, de todo nuestro presente, y llamádosele, finalmente, el precursor de un nuevo porvenir para el arte universal.

Nosotros, afectados en la parte más delicada de nuestro corazon, en el orgullo nacional, hemos condenado, y quizás herido al nuevo apóstol y su heterodoxia. Aquí podría repetirse: «El que no se sienta culpable, tire la primera piedra» — como dijo Cristo á aquellos fanáticos que querían lapidar á la adúltera.

Respecto á las palabras francas dichas por algunos de nuestros críticos, en ocasion de la muerte del maestro, deplorando el encarnizamiento injustificado de los ataques de otro tiempo, no me pago con lágrimas de cocodrilo, como ha dicho alguno; y estrecho con más fuerza la mano á mi amigo Biaggi, cuando leo en *La Nacion* del 25 de Febrero de 1883, este párrafo: «Declaro sinceramente que cuando argumentaba y juzgaba, no ya sobre las obras de Wagner, entonces casi desconocidas en Italia, sino sobre las de los que se decían sus discípulos, y sobre los escritos que los elo-

« giaban, entre los opositores estuve yo. » — « ; Cómo ! — Ahora bien, « agrega : — en la música del *Lohengrin*, ni oscuridades, ni complicaciones, ni modulaciones ásperas y desagradables, ni ritmos « irregulares, ni ideas subversivas. »

Ningun innovador en la historia del arte de los sonidos ha tenido quizás tantos adversarios ni tan furiosos como Wagner; pero ninguno ha tenido tampoco fautores tan obstinados, y digámoslo, tan supersticiosos. Un joven maestro de Turin llegó hasta tener encendida la vela ante el retrato de Wagner! — Algunos amigos del difunto compositor compraron el carro en que fueron transportados sus despojos de Venecia á Bayreuth!

Esta lucha ardiente, esta polémica batalladora extravió á la mayor parte de los criticos. Era imposible admitir á Wagner segun se lo representaban sus admiradores; era monstruoso, espantoso, un mal génio que venia á la tierra á trastornar las cabezas de la humanidad. Los secuaces de la escuela italiana y de la francesa combatian á este Wagner, así deformado y mistificado, con todas sus armas, — querían conjurar al demonio!

A los jóvenes agrada especialmente el fracaso de la rebelion, y se inclinan con su sangre juvenil á las exageraciones. Cuando supieron que era un gran maestro alemán el que intentaba levantar el yugo de la vieja música de Pergolesi, Cimarosa, Rossini y Bellini, gritaron al Mesías, y sin más exclamaron y gritaron á los cuatro puntos cardinales : ¡ viva ! ¡ mueran !

En la segunda parte de esta monografía nos ocuparemos más minuciosamente sobre esta polémica; por ahora expondremos simplemente la idea del gran maestro de Bayreuth; pues como lo hemos dicho, lo que nos interesa, ante todo, es que se conozca en qué consiste la reforma de Wagner, y qué es lo que él hubiese querido reformar en la vieja ópera italiana.

Las observaciones que venimos haciendo de cuando en cuando, no necesitan comentarios; á un hombre que ha sacrificado toda su vida estudiando como crítico, como científico, como filósofo, como artista, como literato y como músico para realizar una idea gigantesca, no se le puede combatir seriamente, ni se tiene el derecho de hacerlo, al menos que se hayan hecho estudios adecuados. Las nuestras son simples observaciones, expresion de nuestro individual modo de sentir; así es que no entramos en el campo de la polémica, que sería para un viejo de ochenta y tres años inaudita temeridad; sólo nos proponemos dar un consejo á los jóvenes compositores, amistoso como cualquier otro.

Un ilustre crítico musical que se ha hecho en Italia el propagador de las ideas Wagnerianas, el doctor Filipi, cuando publicamos el primer bosquejo sobre Wagner y los Wagneristas, en uno de sus sabios apéndices, en la *Perseveranza*, decía así : — « Florimo « es un hombre egregio, y simpático, un músico docto y apasionado, á quien el arte debe mucho; pero adolece de un *chawinismo* « musical de los mas extravagantes. — El amor por la música « italiana no nos debe hacer injustos ni ridículos. » Más adelante agrega :

« Respecto á Florimo, su celo es ciertamente laudable, y si se « quiere hasta conmovedor; pero está cierto que su escrito sobre « Wagner no arribará á nada; perderá su tiempo, porque el progreso del arte se impone fatalmente, y el *génio*, la *inspiracion*, « la *melodía* no son remedios como aquellos que el médico impone « al enfermo, sino milagros ante los cuales es necesario inclinarse, « hasta que aparezca un nuevo Bellini; pero si no aparece, es de « necesidad contentarse con Wagner. »

Agradezco al cortés crítico los amables epítetos de *simpático* y *docto* que me tributa, colocados oportunamente para dorarme la píldora; le manifiesto sinceramente mi estimacion, esta vez en público; pero no puedo contentarlo. No se desagrade porque yo vuelva á mi tarea despues de nuevos estudios, con ideas un tanto modificadas; pero siempre para predicar á los jóvenes compositores que tomen de Wagner todo aquello conveniente á su índole, conservándose italianos, aún sirviéndose de los conceptos reformistas del célebre maestro de Bayreuth. A más de ser italiano y de sentir correr por mis venas cierta dosis, no pequeña, de orgullo nacional, soy también calabrés, y Filipi sabrá que el tener cabeza dura y pertinacia indomable no es el menor dote de mis comprovincianos. Si no consigo nada aún con este segundo escrito, ¡ paciencia! Repetiré con Tassoni, contento de cumplir un deber: « *Vagliami il buon voler, se altro non lice!* »

## II

Wagner, en la historia de la música tedesca, ocupa el puesto que Rossini en la de la italiana. Ellos fueron los más grandes revolucionarios que haya habido en este siglo en cuanto á música. Rossini cerró á su espalda un pasado glorioso y abrió un porvenir que no lo fué ménos; él dijo á los viejos maestros : — vuestro reino

ha concluido, el presente soy yo — y como el Napoleon de Manzoni, colocóse como árbitro entre dos siglos, que de él esperaban su destino. Rossini dominó soberano, y todos voluntariamente sufrimos su tiranía dando vivas al tirano.

Fué necesario el delicado y melancólico canto de mi Bellini para apagar poco á poco aquel febril entusiasmo. Todos se enamoraron de la dulce manera del catanés, que desde la tierna cancion idilica se levantó hasta el potente drama de la *Norma*.

La reforma Belliniana fué despues proseguida con buen resultado por Cayetano Donizetti, y completada. finalmente por José Verdi, sobre todo con *Don Carlos* y *Aida*.

Sin embargo, en el primer cuarto de este siglo, antes que la reforma de Bellini, Donizetti y Verdi se hubiese enseñoreado de todo el campo, el dominador soberano del gusto y de la moda musical fué Rossini, á quien se consideraba como el representante más formidable de la escuela italiana. Su nombre equivalia, en materia de música, al de Italia. Despues, todos los opositores de nuestro arte lo tomaron por blanco. Era como el dragon que custodiaba la entrada al tesoro escondido; si hubiese sido abatido, el acceso era libre, y todos podían intentar la entrada.

Wagner, como Berlioz, atacaron al dragon; el primero con cautela, el segundo con impetu polemista. Wagner conócese antípoda del maestro de Pesaro, y lo hace notar algunas veces. Hablando de su educacion, dice: « Rossini preguntó un día á su maestro, si « para componer una ópera era absolutamente necesario aprender « el contrapunto; el maestro, que no pensaba sino en la ópera italiana moderna, contestó que nó, y el discípulo se frotó las manos, « como aquel que no buscarse mejor respuesta.

« Bien pues, agrega Wagner, mi profesor despues de haberme « enseñado los procedimienso más difíciles del contrapunto, me « dijo: Es probable que jamás tengais que escribir una fuga, pero « sabed escribirla; sereis independiente en vuestro arte, y lo demás « os será fácil.

« Así ejercitado fué como yo entré en la carrera de director de « música en el teatro, y que empecé á escribir óperas sobre poemas « de que yo mismo era el autor. »

La insinuacion y la sátira son aquí demasiado evidentes; pero basta, para desmentirla, abrir cualquiera de las obras del de Pesaro, aún aquellas sobre las cuales el tiempo inexorable ha puesto su pesada mano. Es cierto tambien que Rossini no ha dejado de tomar la

revancha contra el maestro de Bayreuth oportunamente. Cuando éste estuvo á visitarlo en París, y le preguntó por qué ya no escribía óperas, Rossini contestó con aquel sentido picante que nunca le faltaba: — « No escribo porque el gusto musical se ha deteriorado. » Cuando Wagner le prodigó su admiracion, declarándose feliz de estar en presencia del grande autor del *Barbero* y de *Tell*, respondió simplemente: — « Entonces tenía facilidad. » En otra ocasion preguntado Rossini por su opinion respecto á la partitura del *Tannhäuser*, despues de muchos ruegos (porque decía estar retirado del arte) consintió en leerla y emitir su juicio. Pasados algunos días, se le volvió á preguntar, y respondió: — « Queridos amigos, hace ocho días que leo aquella partitura y no he entendido nada; pero esta mañana, habiéndola colocado al revés, he podido comprender que era música. »

Siendo, pues, Rossini y Wagner los dos más grandes innovadores y revolucionarios musicales de nuestro siglo, son precisamente antípodas. Sus principios estéticos se diferencian así como sus tradiciones artísticas; Rossini tenía como base y objeto de la música el *deleite*; su programa se halla todo en la siguiente carta, que escribió á Lauro Rossi, entonces Director del Conservatorio de Música de Milan, desde Passy, cerca de París, el 21 de Junio de 1868:

« No olvidemos, italianos, que el arte musical es todo idea y « expresion; no olvide el público culto y la ínclita guarnicion que « el *deleite* debe ser la base y objeto de este arte. — Melodia simple. — Ritmo claro.

« Faltando estos accidentes, crea, pues, carísimo maestro, que « estos nuevos *filosofoni* no son otra cosa que el sosten y los « abogados de aquellos pobres compositores á quienes falta el ideal « y la fantasía. »

Para deleitar su público, Rossini adula toda su veleidad. ¿Qué son las cabalettas Rosinianas sino muchachas coquetas que se avanzan pirueteando á hacernos caricias? ¿ Aquellos requiebros, aquel *rocoó*, aquella agilidad no fueron hechos á propósito para impresionar deliciosamente nuestros sentidos?

« La ópera en música italiana, dice Wagner, es una institucion « cuyo destino especial y casi exclusivo es ofrecer distraccion y « divertimento á una poblacion tan fastidiada como ávida de placer. — Ella en Italia no sirve sino para reunir un público que « consagra sus noches á las diversiones, entre las que se cuenta la « diversion de la ópera, — Conversando ó cambiando visitas de un

« palco al otro, se calla algunas veces para escuchar un ária, y « despues se continúa charlando y moviéndose, mientras la música « sigue desaliñada, descolorida, como *música de mesa* que sirve á « mantener vivo el buen humor de los comensales. La ópera ita- « liana debe contener al menos un aire que se esuche voluntaria- « mente por su éxito; es necesario que la conversacion sea inte- « rrumpida y que se pueda escuchar con interés al menos seis « veces. El maestro de música italiana no tiene otra mision que la « de escribir para determinados cantantes, cuya mejor dote no es « por cierto para la representacion, sino para los aires destinados « exclusivamente á proporcionar á estos *virtuosos* la ocasion de « desplegar su habilidad. Poesía y escena no son más que pretex- « tos; no sirven más que para prestar tiempo y lugar á esas exhi- « biciones de *virtuosos*. La bailarina alterna con la cantante; la « una baila aquello que la otra ha cantado. El único deber del « compositor es dar variaciones de un tipo de aire determinado. »

Wagner aborrece todo esto; su objeto no es deleitar un público fastidiado y ávido de diversiones; al contrario, quiere distraerlo de los intereses vulgares que lo han tenido ocupado todo el día para elevarlo al culto y á la inteligencia de aquello que el espíritu humano puede concebir de más profundo y grande. Él se propone fundar en Germania un teatro propio, que hasta ahora faltaba. Ella recibía la ópera italiana; pero ésta era un producto exótico, todo conocido, y radicalmente extraño á su carácter nacional. Los compositores tudescos venían á aprender á Italia, y los príncipes tudescos llamaban de Italia, á sus cortes, poetas, maestros y cantores. Al elemento italiano se mezcló más tarde el elemento francés, y los ensayos de ópera tudesa sólo eran simples imitaciones de óperas extranjeras; no tenían de alemán más que la lengua; coexistían en esas obras todos los estilos, y por consiguiente se notaba ausencia absoluta de estilo propio. El que se sentía músico verdadero prefería necesariamente escribir en Italia óperas para los italianos ó en Francia para los franceses, como lo hicieron Mozart y Gluck. El espíritu tudesco se sentía atraído á la ópera dramática; pero al mismo tiempo oprimido por las convenciones dramáticas. Beethoven, tan infinitamente rico, tan prodigioso en el desarrollo de una sinfonia, en el *Fidelio* se encuentra fatigado, no puede encontrar el momento de manifestar su potencia original; pero cuando puede una vez abandonarse á la plenitud de su inspiracion, se arroja con desesperado furor á la obertura, y bosqueja una página musical de importancia desconocida hasta entonces.

En cierto modo, Cárlos María Weber fué precursor de Wagner. Cuando aquel dirigía en Dresde la ejecucion de sus óperas, Wagner, jovencito, habitaba aquella ciudad, y vivía en estrechas relaciones con el teatro. — « Recibí de aquel maestro, cuenta él, mis primeras « impresiones musicales; sus melodías me llenaban de entusiasmo, su « carácter y su naturaleza ejercían en mí una verdadera fascinacion; « su muerte en país lejano llenó de desolacion mi corazon de niño. »

La melodía italiana, aun cuando, segun Wagner, desfalleciese por falta de estructura y de forma, mereció á los cantores mejor dotados de ingenio y de espíritu, apoyada por el órgano musical más noble, había conquistado para el oído una gracia de colorido, una suavidad de sonidos desconocida hasta aquel tiempo para los maestros tudescos y que faltaba á su melodía instrumental. Sólo Mozart, presa de aquel encanto, consiguió dar á la música italiana el rico desarrollo de la instrumentacion tudesa, y á la melodía de la orquesta toda la dulzura del canto italiano. Mozart, y antes que él Haydn, dejaron su herencia á Beethoven, el cual llevó la sinfonia á tal grado de potencia en la forma y á tal expansion, que por ella se ha producido en el mundo una obra á la cual nada tiene para oponer, que se le acerque ó asemeje, el arte de ninguna época, ni de ningun pueblo.

Beethoven es el punto de partida de Wagner. Cuando, al escuchar por primera vez la novena sinfonia de aquel grande hombre, lloró emocionado, esa sinfonia le parecía la última palabra de la música instrumental, el evangelio del nuevo arte; y así lo atestigüó al mundo musical; cuando al estrenar su teatro en Bayreuth, hizo ejecutar y dirigió aquella obra genial.

Francisco Liszt dice: « Hay hombres que ayudados por una sola « idea, una sola invencion, un mínimo descubrimiento en apariencia, « hacen cambios inmensos en la esfera á la cual esos descubrimien- « tos pertenecen. Otros no agregan ni el conocimiento de un hecho « nuevo, ni introducen un elemento, todavía ignorado, á la ciencia « de sus predecesores; pero por medio de una coordinacion de las « cosas antiguas, hasta entonces inusitada, ensanchan el dominio « donde trabaja su pensamiento. Wagner es innovador como estos « últimos; su sistema se adhiere á la tradicion de Gluck por la im- « portancia que da á la elocuencia de la declamacion dramática, y « á la de Weber por la elocuencia declamada y la sensibilidad de « la instrumentacion. Wagner hubiera escrito ciertamente la epístola « dedicatoria de *Alceste* si Gluck no lo hubiese hecho ya; pero so-

« brepasa á Gluck y á Weber en la práctica de sus teorías. Apoderándose, con rara felicidad y con inteligencia de las más atrevidas, de todas las conquistas que la música ha hecho despues de la muerte de aquellos dos grandes hombres, y utilizando todos los recursos que ofrecen los instrumentos actuales, hace concurrir á su objeto todos los medios debidos al progreso de los tiempos modernos, y tiende á asegurar en un sistema más vasto que el de Gluck, por un principio más absoluto que el de Weber, el predominio del sentido poético, al cual los dos someten el canto y la orquesta. »

### III

Del nacimiento de la ópera en Italia, data, segun Wagner, la decadencia de nuestra música. ¿Quién podría decir, despues de haber oído el *Stabat Mater* de Palestrina, creer que la música italiana melodramática sea hija legítima de tan admirable madre? »

En las obras-jefes verdaderamente incomparables de la música de iglesia italiana, se ve á qué admirable profundidad de expresion, ni imaginada hasta ahora, podría conducir la frase melódica por medio de la armonía polifónica; pero mientras la iglesia decae, viene desarrollándose en Italia un gusto vivo por la aplicacion profana de la música, y se recurre al medio más cómodo, esto es, dar á la melodía su propiedad rítmica particular y aplicarla al canto, como en otro tiempo se hizo para la danza. La creacion de esa melodía es para Wagner un paso retrógrado, porque ella no supo sacar partido alguno de la armonía y de la polifonía que había inventado la música cristiana.

Así, pues, Wagner tiene un concepto amplísimo de la melodía Beethoveniana. — « La gran melodía, ha escrito él, tal como yo la concibo, que abraza la obra dramática entera. . . . debe producir siempre en el alma una disposicion parecida á la que produce en el paseante que se escapa del ruido de la ciudad, un bello bosque al ponerse el sol. Esta impresion, cuyo análisis dejo al lector, segun su propia experiencia, en todos sus efectos psicológicos, consiste, y esto es lo que tiene de particular, en la percepcion de un silencio de más en más elocuente. Basta generalmente al objeto del arte el haber producido esa impresion fundamental, el dirigir á su antojo al auditorio por medio de ella, y disponerlo así á un intento más elevado. Aquella impresion des-

« pierda en él, espontáneamente, estas tendencias superiores. El que se pasea en el bosque, subyugado por esa impresion general, se abandona á un recogimiento más durable; sus facultades, libres del tumulto y el ruido de la ciudad, se tienden y adquieren un nuevo modo de percepcion; dotado, por decirlo así, de un sentido nuevo, su oído se hace cada vez más penetrante; distingue más y más netamente las voces de una variedad infinita que se despiertan para él en el bosque, y que se van diferenciando sin cesar; oye algunas que cree no haber oído jamás. Con su número acrece de una manera extraña su intensidad; los écos se hacen cada vez más resonantes. A medida que va oyendo un número mayor de voces distintas y de diversos modos, reconoce en esos sonidos que se aclaran, se hinchan y lo dominan, la grande, la única melodía del bosque, la misma melodía que desde el principio lo había afectado con una impresion religiosa. Es lo mismo cuando en una bella noche, el azul profundo del firmamento encadena su mirada. Cuanto más se abandona sin reserva á este espectáculo, más los ejércitos de estrellas de la bóveda celeste se revelan á sus ojos distintos, claros, brillantes, innumerables. Esta melodía dejará en él un eterno eco; pero el repetirla le será imposible; para oírla de nuevo es necesario que vuelva al bosque cuando se pone el sol. ¿Cuál sería su locura al pretender apoderarse de uno de los cantores del bosque, cuidarlo en su casa y enseñarle un fragmento de la gran melodía de la naturaleza! ¿Qué podría oír de este modo, sino alguna melodía á la italiana? »

Segun mi parecer, el nudo de la cuestion Wagneriana está precisamente aquí. Si al pasar de la melodía eclesiástica á la melodía profana se admite decadencia artística, no podreis libraros del círculo lógico oprimente del gran maestro tedesco; debeis confesar que tiene plenamente razon, y que su sistema melodramático es el solo verdadero. Si nuestra música teatral, respecto á nuestra antigua música de iglesia, marca un decaimiento, sin duda debemos retemplar en ésta la música moderna, que es lo que Wagner ha hecho hasta cierto punto. Tal cuestion se liga íntimamente á la otra sobre el fin que la música teatral se propone: — el deleite ó la admiracion — Así, del campo de la música se pasa al de la estética, en el cual no nos atrevemos á poner el pié por temor de ser arrojados como el *profanum vulgus* de Horacio. Pero quizás, como la lucha de hace un siglo, entre Piccinistas y Gluckistas, esta moderna contienda no podrá tener una solucion definitiva, porque en el

campo especulativo las cabezas tienen demasiada libertad de fantasear, y son demasiado variadas sus organizaciones para poder ponerse de acuerdo una vez definitivamente respecto á una cuestión de orden especulativo.

## IV

Como amante biógrafo de Vicente Bellini, me corre ponde todavía aclarar otro punto: esto es, el concepto que Wagner haya tenido del autor de la *Norma*. Muchísimos de los que se dicen Wagneristas, entre ellos Marsillach Leonardt, en su condenación general y plenaria de la ópera y de los maestros italianos, envuelven también á Bellini. Nada más falso que lo que Marsillach asegura, respecto á que son idénticas la música de la *Norma*, *Sonámbula* y *Capuleti e Montecchi*, á pesar del distinto carácter de la acción, de la época y de los personajes de los tres dramas. — El mismo Filippi se escandaliza de esa aseveración, y por cierto que no se le puede sospechar de poco amor á las modernas doctrinas del maestro tedesco. «Nó, dice, es necesario convenir que Bellini ha tenido una grande, una inmensa ventaja sobre sus contemporáneos: aquella de identificarse, casi á pesar suyo, con los sujetos que debía tratar, cuando éstos podían ofrecerle una ocasión favorable. — La *Norma* es un gran drama sacerdotal, heroico, lleno de pasiones violentas, mientras que la *Sonámbula* es un idilio pastoral, todo de dulzura, gracia, afecto sentimental.»

Sin embargo, no podemos pasar á Filippi el que Bellini haya hecho todo eso á pesar suyo. Por el contrario, él ha apreciado su reforma desde que salió del conservatorio para poner en escena en el San Carlos la *Blanca y Fernando*; y desde esta primera ópera hasta los *Puritinos*, fué un continuo proceder en el camino de la reforma.

No es éste el lugar de hacer un exámen minucioso de las óperas Bellinianas; pero el que lo desee podrá leer lo que escribió sobre este punto mi querido amigo Miguel Scherillo.

Los ataques al gran melodista catanés no le vienen de Wagner, sino de sus fanáticos; son de esas exageraciones de los secuaces, que hacen daño á los jefes de escuela. Para confundirlos basta referir lo que nos dijo el maestro de Bayreuth cuando vino á Nápoles. Hablando precisamente de Bellini, llegó á decir: — «Me creen un dragon para todo lo que toca á música italiana, y me pintan

«como antítesis, especialmente de Bellini; pero nó, nó, y mil veces nó; Bellini, por el contrario, es una de mis predilecciones, porque «su música es toda corazón, sentida, y ligada estrecha é íntimamente á las palabras. La música que yo aborrezco es aquella «vaga, indeterminada, que se ríe del libreto y de la situación.»

Estas palabras tienen una confirmación espléndida en el programa publicado por Wagner, cuando dirigía el teatro de Riga, en ocasión de hacer representar la *Norma* para su beneficio. — Hélo aquí:

«*Norma*. El que suscribe cree no poder expresar mejor su estima por el público de esta ciudad que eligiendo esta ópera. La «*Norma*, entre todas las creaciones de Bellini, es la que posee más «abundante vena melódica, unida con la más profunda realidad, y «con la pasión íntima. Todos los adversarios de la música italiana «hicieron justicia á esta gran partitura, diciendo que habla al corazón, que es la obra del génio. Por eso invito al público acuda «numeroso. — Ricardo Wagner.»

Aún espigando en sus obras críticas, se encuentra no raramente el respeto que el gran maestro de Bayreuth tiene por el cisne de Catania. En su carta á Villot hay un pasaje que podría servir de comentario al programa transcrito más arriba. — «La dirección de «nuestras óperas ordinarias, dice, me causaba un sentimiento particular de malestar, una especie de fastidio doloroso; pero algunas veces este sentimiento era interrumpido por una dicha y un «entusiasmo, que no puedo expresar, cuando por intervalos se ejecutaban obras más nobles, y cuando el incomparable efecto de «las combinaciones musicales, reunidas al drama, se hacía sentir en «mi alma al momento mismo de la representación, con una profundidad, energía y vivacidad á las que no puede acercarse ningún otro arte.»

Pero donde aparece evidentemente la grande estimación de Wagner por Bellini es en la carta que dirigió desde Lucerna á Arrigo Boito el 7 de Noviembre de 1871. — «Cuando supe, dice, la impresión que hizo en Bellini la música de Beethoven, al asistir en París á «una primera audición completa de aquella música, aprendí á apreciar en el músico italiano una susceptibilidad de percepción abiertamente gallarda y delicadamente versátil. Se me manifestó así «mismo la incomparable feracidad del itálico génio, al cual desde «el Renacimiento hasta aquí (excluido, se entiende, el siglo extravagante de las *piruetas* y de los *músicos*), la época moderna «debe todo su arte.»

« ¿ Y se podrá decir, exclama el valeroso crítico turinés Hipólito Valetta; se podrá decir que no respetase á Bellini, el que á la simple noticia de la impresion recibida por aquél al oír en París la música de Beethoven, dice que ha aprendido á apreciar en el músico italiano una susceptibilidad de percepción abiertamente gallarda y diligentemente versatil? Así pues, Wagner por Bellini no sólo tuvo respeto, sino también admiración; lo sé de buena fuente. — La suavidad del canto de Amina no podía ser más profundamente comprendida que por el cantor de Elsa. Quizás la providencia dispone á menudo que altísimas inteligencias concuerdan á idénticos resultados por diversas vías. Hubo antes algunos á los que no les parecía que ni superficialmente existiese analogía de entendimiento entre Bellini y Wagner: lo he afirmado en circunstancias solemnes, cuando los restos del catanés fueron restituidos á la patria, y las publicaciones venidas después á arrojar luz sobre Bellini me confirmaron en esa opinión. »

Como Wagner también han profesado respeto y estimación al autor de *Norma* los más serios entre los Wagneristas. Sólo recordaré dos, y los elegiré entre los más apasionados, convencidos y doctos: el crítico Franz Brendel y el pianista Hans von Bülow, primer marido de la señora Cosima Liszt.

Brendel en su *Historia de la música en Italia, Germania y Francia*, después de haber consagrado una larga parte á la música italiana desde San Ambrosio á Monteverde, no dedica sino pocas palabras, y de desprecio á la moderna posterior á Rossini. « La música en Italia, dice, está casi muerta actualmente, y se halla en la grada más baja de la decadencia. — Pero volviendo sobre esas palabras, — agrega: sin embargo aún en estos tiempos hemos tenido óperas de gran importancia, como por ejemplo, la *Norma* de Bellini. »

El juicio de Hans von Bülow se encuentra en una carta á Lauro Rossi, presidente de la comisión para el monumento á Bellini, que debía erigirse en Nápoles, con motivo de haberle pedido aquella algo para publicar en el *Album Bellini*.

« Le ruego, dice, no rehuse el óbolo modesto que adjunto (*250 lire*), ofrecido á la memoria del gran catanés por un veterano Wagnerista sí, pero de ningún modo exclusivista en su arte. . . . pero en cuanto á vuestro *Giorgione* (falsean todos los parangones), al siempre vivo poeta siciliano, el cual fué el primero en hacer vibrar la nota divina del dolor, nota ignorada casi absoluta-

« tamente (salvo ciertos ejemplos en el *Otello* y *Tell*), por el cisne de Pesaro, lo llevo desde niño en mi corazón, y allí lo tendré hasta la conclusión de la vida — tonal. »

Aquí desearíamos decir á los italianos, fanáticos admiradores de Wagner y detractores de nuestras celebridades: — admirad á Wagner, imitado, pero pasad primero una mano sobre la conciencia y examinad si tenéis su ingenio y su cultura; examinad si verdaderamente habéis entendido el sistema de Wagner, si conocéis su razón crítica. No gritamos como los papagayos: estos, en materia de música, no pertenecen á ninguna escuela musical. Nunca hablamos de nuestros grandes sin haberlos antes comprendido, ni decimos que su tiempo ha concluido porque seamos incapaces de comprenderlos, ni tratamos de enmendarlos. ¡Cuánto horror no se siente al ser testimonio de la condena de una de las obras clásicas de nuestro repertorio, lanzada por estos imberbes innovadores!

## SEGUNDA PARTE

## I

No se puede dudar que en gran parte Wagner se ha buscado sus enemigos. Sus ideas de reforma, por lo mismo, que se relacionaban con un mundo musical preexistente, debían haber sido anunciadas con mucha calma, con maneras insinuantes, de modo que, aunque no se participase de sus conceptos, se pudiesen respetar y discutir. Wagner, por el contrario, ha emitido sus ideas con carácter polémico, sin reserva, lanzando motes y dardos á diestra y siniestra, destruyendo famas que no era lícito tocar, abatiendo banderas, mofándose de todo, presentándose á sí mismo con un orgullo que podría parecer demasiado como ejemplo, y comparándose con la heroica figura de Fray Martín Lutero. Pero así como se levantaron contra Martín Lutero doctísimos cardenales para defender la Iglesia Romana, y ésta subsiste todavía, y tiene todavía campeones, no ciertamente todos de poco valer, así contra Wagner se levantaron campeones ardientes de la vieja música, que la han sostenido y la sostienen.

Las polémicas exasperaron el ánimo airado del autor de *Rienzi*, especialmente cuando por causa de ellas encontró cerradas las puertas de todos los teatros, y vió que se devolvía su obra con gesto de desprecio. Entonces, obligado á hacerse periodista, envenenó la punta de su flecha ya aguzada.

Fetis, su rabioso adversario, hablando del tiempo en que Wagner se veía precisado á transportar para piano óperas italianas, á fin de vivir, exclama: «Debió darle dentera aquel trabajo.» Mientras que á aquellas obras se abrían todas las puertas y se le tributaban aplausos y ovaciones, su pobre *Rienzi* y el *Vascello fantasma* permanecían miseramente durmiendo en el fondo de la caja del infeliz maestro.

Para Wagner la fortuna fué adversa por mucho tiempo, y lo persiguió doquiera y por doquiera. Cuando empezó á sonreírle, la frente del maestro se serenó, pero entonces sobrevinieron nuevos incentivos para la ira. Como lo he hecho notar al principio de este escrito, Wagner tuvo fautores ardientes, armados de punta en blanco, cuando menos lo esperaba, que bien pronto se convirtieron en adoradores. Él cometió el error de aceptar en paz la adoración, como había recibido la aversión, y aquella le fué más nociva que ésta. Se ha dicho mucho á este respecto sobre Rossini, sobre su reposo, su imperio celeste, su sobrenombre de *Júpiter de la música*, púéstole por Meyerbeer; pero á Rossini vivo, aun cuando hubiese escrito medio siglo antes el *Guillermo Tell*, no se le puso en la casa donde nació una inscripción para indicarla á la posteridad, como fué puesta el 22 de Mayo de 1873 en Leipsick, sobre la casa calle Brühl núm. 88:

IN DIESEM HAUSE

WARD GEBOREN

RICHARD WAGNER

am 22 Mai 1813

(En esta casa nació R. W. el 22 de Mayo de 1813).

Ni tampoco Rossini tuvo una casa de campo expresamente fabricada, como Wagner, á la que denominó *Wahnfried*, esto es, paz de la imaginación. «Sobre la fachada, así lo describe un ferviente Wagneriano (Joaquín Marsillach Lleonardt), sobre la fachada hay «un fresco en el cual Roberto Krauze ha simbolizado *la ópera de arte del porvenir*; composición de género clásico y exquisito, representando estas cuatro figuras: el *Dios Wotan*, la «*Tragedia*, la *Música* y *Sigfrido*. La primera es la efigie del «célebre cantante Schow de Karolsfeld, el cual, á no ser su muerte «prematura, habría desempeñado en la trilogía la parte del Dios Wo-

«tan. — La tragedia está simbolizada en la imágen de la Schrod-  
«der Devrient, una de las principales glorias teatrales del presente  
«siglo y por la cual Wagner sentía ilimitada admiración. Las dos  
«últimas son los retratos de la mujer de Wagner y de su hijo Sig-  
«frido. Bajo esa pintura se leen en oro las palabras siguientes:

*Hier wo mein — Sei dieses Haus*

*Wahnfried*

*Frieden fand — von mir benannt*

(Ya que mi imaginación encontró la paz, esta casa fué denominada por mí *Paz de la imaginación*).

(Continuará).

## Bocetos literarios

POR EL SEÑOR DON AMBROSIO MONTE Y MONTE

DON VICENTE GREZ

(A propósito de *Rafagas*.— Un volumen de 90 páginas, Santiago, Imprenta Nacional)

«La ciencia es una adquisición del hombre  
 «y una escala; los sabios suben buscando apo-  
 «yo en otros sabios. La poesía es el vuelo.» —  
 — *Victor Hugo*.

## I

Alguien ha dicho que los hombres de pequeña estatura son los llamados á gobernar y ejercer la supremacía de la inteligencia en la humanidad. Encontramos ejemplos en todas las épocas y en todas las naciones. Horacio, Shakspeare, Voltaire, Napoleon, Guizot, Thiers, Nuñez de Arce, muchos que han escalado las cumbres del génio, y otros, que han llegado á ménos altura, pero que han producido bienhechora influencia entre sus semejantes, se nos presentan rápidamente á la memoria para comprobar la exactitud de semejante observación. ¿Será, por ventura, que las mezquindades de la madre naturaleza para con el linaje humano, las llena con usura la Providencia, dando más desarrollo y amplitud á la inteligencia, más profundidad y penetración al espíritu, más energía al carácter? Nó; vemos en la historia de todos los tiempos que, así en las grandes como en las pequeñas estaturas, suelen habitar esos espíritus luminosos destinados á guiar á las muchedumbres que marchan á tientas y sin fin en medio de tinieblas, sin propósito definido, sin ideal á que converjan todas sus acciones y pensamientos.

Sin embargo, aunque inexacta la observación que apuntamos, se nos vino á la mente al hallarnos en presencia del personaje cuya fisonomía literaria tratamos de bosquejar. Pequeño es, pues, el cau-

tiverio en que se alberga el espíritu del señor don Vicente Grez, escritor y poeta que descuella, no entre los soles ciertamente, pero sí entre las estrellas más brillantes del cielo de la literatura americana.

Su carácter, como el de tantos otros escritores nacionales, ha sido fundido en el crisol de la adversidad. Combatido desde temprano por los rigores de la suerte, ha tenido que pelear por sí propio las batallas de la vida, para conquistarse un puesto entre los atletas más infatigables, un rango entre las más privilegiadas inteligencias. Con todo, no mira la vida por el lado trágico y sombrío, antes la contempla por el más risueño y pintoresco. Exento de grandes ambiciones, no descende jamás á la revuelta arena de la baraunda, donde se forman las tempestades del ruido que muchos suelen confundir con el aplauso y á las veces con la gloria.

Desde los albores de su juventud dió pruebas de ser poseedor de una naturaleza de artista: sus tendencias se dirigieron hácia el arte. Al través de mil imperfecciones de todo género, se dejaba notar en sus escritos primeros el gérmen de esa sensibilidad exquisita que sabe sentir y expresar lo que siente; ese gérmen que, más tarde, tomando completo desarrollo, había de ser la primera y más vigorosa de sus facultades como poeta y escritor. — Esta facultad que, á primera vista, parece de tan escaso valer, es, no obstante, la primera que debe de tener el artista, el verdadero artista; el escultor, el pintor, el poeta que carezcan de ella no salvarán jamás los límites de la mediocridad: se verán siempre encerrados en el reducido círculo en que el vulgo se mueve, y, si intentaren traspasarlo, caerán con piés de plomo al abismo de lo monstruoso. ¡Ah! sólo es dado traspasar ese círculo sin caer en ese abismo, á los ingenios águilas que, con la pujanza soberana de su vuelo, se enseñorean de las nubes para mirar de frente la faz del sol de lo bello con sus pupilas poderosas.

El vulgo admira la belleza, las almas delicadas la sienten, el artista la siente y expresa su sentimiento. La belleza de una mujer es admirada por el vulgo, sentida por las almas delicadas, sentida y expresada por el artista que la muestra radiante y viva á los ojos de todos; radiante con la luz de sus ideales, viva con las intensas emociones de su alma. De ahí la Vénus de Milo, las vírgenes de Murillo, la Beatriz del Dante.

El ideal es el alma del arte, es el que dá vida á sus obras; el artista lo lleva en su mente, y á él ajusta todos los fenómenos de

la naturaleza y del espíritu. Aquello que más se aproxime al ideal, será lo que el artista sienta y exprese; lo que esculpa en la piedra, lo que imprima en el lienzo, lo que realice por medio de la palabra, que es de todas las manifestaciones externas la que más dilatado campo ofrece al pensamiento en sus imágenes. En los extensos horizontes del lenguaje el pensamiento puede volar con holgura sin sentirse pegado ni sujeto á un círculo tan estrecho como el que le ofrecen la armonía, el lienzo y la piedra.

La primera cualidad del artista es, sin duda, la de saber sentir y expresar lo que siente, dado que el arte no es la copia simplemente, sino la copia de la belleza animada por otra más viva y radiosa, por la belleza ideal, hija del pensamiento y del corazón del artista. La copia no es el arte. El vulgo traslada la naturaleza al lienzo, el artista á su alma y de allí á la tela. Esta es viva, tiene alma, siéntese; esotra es belleza muerta, es paisaje sin animación, es estátua que no piensa, es mujer cadáver.

Hemos dicho que la facultad distintiva del señor Grez es la de saber sentir y expresar lo que siente, y agregaremos que su fantasía siempre fecunda, tiene colores pictóricos para realizar la belleza, á la que dando animación con las emociones de su alma, que sabe sentir *hondo y fuerte*, hace palpitante y llena de vida.

Y bien: ¿por qué siendo poseedor de semejante facultad no brillan á la cabeza de nuestros más encumbrados literatos? — ¡Ah! nos duele decirlo; mas es deber del crítico: la verdad ante todo. El señor Grez posee conocimientos científicos escasos, que bastarían para dar el nombre de ilustrado á cualquiera, sino que al escritor y al literato mucho más que eso les es menester para que no pierdan su talento escribiendo las más de las veces sobre asuntos baladíes.

## II

El señor Grez puede ser considerado bajo dos aspectos diferentes: como escritor y como poeta. Dedicado á la prosa desde su juventud, á ella debe los rayos mejores de la brillante aureola que corona sus sienes. Inició su carrera literaria escribiendo correspondencias desde Santiago para la *Patria* de Valparaiso; pasó en seguida al *Charivari*, periódico de guerrilla política, publicado el año 65, del que tuvo la honra de ser uno de los más distinguidos redactores, al lado de muchas inteligencias notables. Allí aparece

bajo los seudónimos Vieent y Fray Supino dando punzantes alfilerazos á sus enemigos políticos; el gracejo y la sal abundan en esos artículos, no dignos, por cierto, de dormir el sueño del olvido en que yacen empolvados en los escaparates de los bibliófilos. Más tarde le vemos figurar en la redacción de *La República*, desde cuyas columnas manejaba con igual gracia y donosura el estilo sério, al par que el jocos y punzante. El año 78 dió á la estampa *Las mujeres de la Independencia*, el 79 la *Vida Santiaguina*, y por último, el 80, *El Combate Homérico*, que es la mejor de sus obras y en la cual muestra todas sus cualidades de escritor.

*El Combate Homérico* es la narración de la hazaña de Iquique. ¡Qué cuadro! . . . Abierto el abismo á las plantas de los héroes, el rayo sobre sus cabezas, y por única tabla de salvación la ignominia, la humillación de la patria. . . y del fondo de ese caos brota para Chile una de las glorias más puras y brillantes que registran los anales de la historia de la humanidad! Para pintar á Iquique, suceso de ayer que late en cada fibra del corazón del pueblo, que está impreso en su alma con caracteres de sangre y fuego, se requiere una paleta de primer orden. Toda pintura, por vigorosa que sea, aparece pálida á los ojos del pueblo—eso no es Iquique, Iquique es mucho más que eso, exclamará, al oír cualquiera descripción de la hazaña. El suceso de Iquique, para que sea palpitante, no se puede describir con el pensamiento solamente, es necesario hacerlo también con el corazón. Y ¿qué corazón no se aturde ante su grandeza y heroísmo? Sólo el corazón del artista que penetra en las regiones de lo ideal y que concentra el infinito en sus ideas. Iquique es el ideal del heroísmo humano; no tienen *más allá* los sueños de la fantasía.

Es por esta narración por lo que hemos dado al señor Grez el nombre de artista: él ha sabido pintar en el *Combate Homérico* toda la grandeza de la hazaña. Ha descrito con vigor, energía y profundidad el cuadro y sus más mínimos detalles. Esto en cuanto al fondo del libro: en cuanto á la parte plástica, diremos que hay facilidad en el manejo de la frase, siempre armoniosa; claridad y orden en la exposición de las ideas, y que el estilo corre suelto y lleno de donaire, sin que falten algunos lunares en punto á sintaxis y propiedad; mas, ¿hemos de detenernos en apuntar defectos que en poco disminuyen la esplendidez de las bellezas?

Nó, mil veces nó. El crítico debe de tomar más en consideración y penetrar primero al fondo, al espíritu de la obra que analiza,

antes de descender á la forma plástica, al lenguaje, sobre todo en el dominio del arte. No quiere decir esto en manera alguna que no tengamos en grande estima la forma, y ¿cómo no tenerla, si es ella la que dá brillo y esmalte al pensamiento? Sinó que no es posible tachar en el conjunto una obra porque está deslucida por incorrecciones gramaticales.

Veces hay en que el pensamiento no puede encadenarse á una forma clara, precisa y correcta; pues en el lenguaje el pensamiento no dispone de la materia como en los demás artes; veces hay en que el escritor ó el poeta no encuentra una forma que encierre todo su pensamiento, una imágen que lo presente á los demás, y lo vacía entonces en un molde de palabras que, si no es correcto, es, sin embargo, el que mejor refleja sus ideas, y aunque incorrecta la frase en estos casos, queda á modo de deslucida abertura, al través de la cual, mirando desde la oscuridad, se ve el horizonte dilatado y radioso de los cielos. Para probar la verdad de nuestro aserto, ahí están los más grandes chispazos de los génios desde Homero hasta Byron y Víctor Hugo.

### III

El señor Grez ha dado á la luz pública en estos últimos días un libro de versos con el nombre de *Ráfagas*. Este libro lo ha escrito en la siesta de su vida, en medio de esa atmósfera pesada en que se vive cuando el sol de los treinta años va derramando sus rayos abrasadores sobre el alma. Grez, oprimido por esa atmósfera, vuelve los ojos hácia el pasado, busca la poesía en sus recuerdos; en la mañana de su vida, en esas blancas auroras, en esos nítidos celajes, en ese cielo azulado, en esas brisas amorosas que sembraron de ilusiones su juventud. *Ráfagas*, más propiamente llamarse pudo *Recuerdos*, que tales son los que contienen sus páginas.

La forma, en punto á gramática y retórica no está muy cuidada en la nueva producción. El versificador es incorrecto, titubea, se atropella, no dá con la palabra propia, con el giro elegante á las veces; pero la belleza del pensamiento resalta en el conjunto y en cada una de las composiciones del libro. La emoción poética no deja nada que desear. Ora se lance con atrevimiento á lo alto, ya toque las cuerdas más delicadas del sentimiento, es siempre el señor Grez un poeta, sino de un estro ardiente, de imaginación fecunda, de alma que sabe sentir y expresar lo que siente. Emprende

el vuelo con pujanza, y si no llega en ocasiones á las alturas, no cae tampoco, se mantiene siempre en regiones superiores. — Pero no anticipemos nuestro juicio: aguardemos el mañana. La musa del señor Grez es muchacha hermosa y jóven que se viene recientemente levantando del lecho en que yacía sumergida en perezoso sueño. Dejémosla pasar al tocador y, cuando de allí salga radiante de hermosura, hará bogar nuestras esperanzas en las ondas de sus copiosa cabellera, y encontraremos en el fondo de sus pupilas los puros ideales de nuestros sueños.

### IV

¿Qué podemos agregar á lo dicho? Hemos examinado el carácter de las obras del señor Grez, las facultades de su ingenio, y con esto hemos llenado nuestro propósito. Empero, penetremos, antes de terminar, en los dominios de la fotografía: la figura del señor Grez es el reflejo de su alma, es sería al propio tiempo que ligera. Posee un cuerpo de pequeña estatura, como se está dicho, y sobre su busto delicado se levanta su cabeza vigorosamente dibujada. Tiene una fisonomía acentuada que se olvida difícilmente: sus ojos pardos brillan bajo el arco de unas cejas negras con un brillo dulce y suave; la nariz encorvada y los labios delgados le dán un aire picaresco y burlon; la frente ancha, el pelo y las largas patillas forman un marco oscuro al óvalo alargado de su cara expresiva, en que se reflejan hasta los movimientos más fugaces de su espíritu. Hay, sobre todo, cierta armonía en el conjunto, que dá al personaje un aire simpático y atrayente.

Tal es el señor Vicente Grez. Merece ser considerado en primera línea entre los escritores artistas, no así entre los literatos, por las razones antes expresadas; comprende los secretos del arte, es artista por vocación; si encontrara en su camino algún día abierta de un lado la senda de la fortuna y de la pompa, del otro la del arte y la miseria, marcharía por ésta; sus zarzas le desnudarían el cuerpo, las de aquél rasgarían de su alma el ropaje brillante de los ideales.

Si: á pesar de su poco vasta ilustración, se mueve el ingenio del señor Grez en alturas en que no es dado hacerlo sino á privilegiadas inteligencias. ¡Ah! siempre el artista, aunque tenga los ojos cerrados á la luz, verá más, muchísimo más que el comun de las gentes que contemplan la belleza con tanta mayor indiferencia cuanto mé-

nos dilatados son los horizontes de su entendimiento; siempre el artista reflejará en su mente cuanto haya de grande y sublime en la vida y, haciéndolo palpitante con sus intensas emociones, resplandeciente con sus ideales, derramará la luz en la conciencia de todos; y nos hará reír ó llorar, amar ó aborrecer, con lo que digno sea de risa ó de compasion, de amor ó de ódio. Reímos con Cervantes en el ingenioso Hidalgo de la Mancha, lloramos con el Dante á Beatriz, con Petrarca amamos á Laura, y odiamos la tiranía con Béranger y con Quintana.

Si el señor Grez nutriese su espíritu en las fuentes de la ciencia, con cuánto placer no le veríamos figurar entre los más encumbrados literatos que son gloria y orgullo de la patria!

22 de Junio de 1882.

## Gloria al pasado (1)

POR EL DOCTOR DON LUIS MELIAN LAFINUR

Con la verdosa palma  
Que luce del poeta en la alta frente,  
Jamás en sus delirios soñó mi alma;  
Y el mostrarme á las musas reverente,  
Era cumplir un fallo del destino. . . .

Cantar en triste calma  
Los ideales que amante acariciaba,  
Y al tiempo que mil glorias evocaba  
Fé al espíritu dar en su camino.

Pero hoy quisiera inspiracion sublime  
Que radiase en mi sien almo destello,  
Dando á mi voz el luminoso sello  
Que á todo, el estro divinal imprime.

Para cantar la Patria necesito  
Algo más que mi amor santo por ella;  
Que el raudal de pasion en que me agito  
Sólo me creara entonacion ardiente,  
Si siempre clara estrella  
Pudiera el corazon ser de la mente.

Patria es arrullo del amor soñado  
Sin zozobras que anublen la esperanza;  
Es lo humano que el alma, idealizado,  
A suspirar alcanza;  
Es el tramo que eleva á la inefable  
Region de gloria que entrevió el anhelo

(1) Leída en la Conferencia literaria celebrada en el *Ateneo* la noche del 7 de Agosto de 1879.

Del sér que forja halagos en el suelo  
 Donde todo es estrecho y deleznable,  
 Méenos la fé que encierra  
 Un impulso de amor que busca el cielo  
 Adorando la Patria de la tierra.

Del empíreo eternal raudo descende  
 El patrio fuego que fecundo alienta.  
 En la batalla cruenta  
 Donde el valor se enciende  
 Para cubrir de gloria una bandera,  
 Cifróse hasta hoy un alto sentimiento ;  
 Mañana un nuevo acento  
 Se hará sentir de la Concordia austera,  
 Dios que en marcha lenta  
 Lleva á la humanidad á la ideal éra  
 De confundirla en sólo un pensamiento.  
 Pero hasta que no llegue  
 El día fraternal de las naciones,  
 A cada pueblo el loor de sus acciones  
 Aunque tintas en sangre, no se niegue.

Tú, hoy víctima expiatoria de la suerte,  
 ¡Oh Patria, ayer feliz! puedes confiada  
 Mostrar tus tradiciones,  
 Que siempre en tus legiones  
 La enseña inmaculada  
 De libertad ó independencia ó muerte,  
 Fué la viril consigna  
 Que de mil triunfos digna  
 Hicieron los soldados que enaltece  
 En página á virtudes consagrada,  
 La historia que sus nombres engrandece.

Inescrutable arcano  
 Altos hechos le impuso á tu bandera;  
 Que aún la victoria el lauro no ofrecía  
 A los hijos del suelo americano,  
 Cuando ya magestuosa aparecía  
 La idea de elevada autonomía

Del Uruguay en la oriental ribera,  
 Y aquellos que velaron por tu suerte  
 Al combatir caduca monarquía,  
 Siempre anhelaron verte  
 Nación libre y brillante  
 De eximio nombre y glorias centellante.

En el Cerrito y en las Piedras cunde  
 La voz de libertad que el triunfo abona,  
 La victoria sus écos eslabona  
 Y en los héroes difunde  
 La exaltacion que no conoce valla.  
 Ante el estruendo de la cruel batalla,  
 La misma voz ardiente  
 Los Treinta y Tres sintieron,  
 Y fué la misma la que asaz potente,  
 Coronas de laurel puso en la frente  
 De los que luego en Sarandí vencieron.

Fueron conquistas de la lid crüenta,  
 Independencia y libertad y leyes,  
 Y en medio á sus alcázares los reyes,  
 De Ituzaingó rugieron con la afrenta.

Sombras queridas vienen  
 Con aureolas de triunfo hasta mi mente.  
 Pagola, Artigas, Lavalleja (1), tienen  
 El mágico ascendiente  
 De los gloriosos días  
 De la inmortal contienda ;  
 Su evocacion el patriotismo enciende,  
 Y aquellas alegrías  
 Que despues las desgracias disiparon,  
 Si esperan revivir, tomen su vuelo  
 Hácia el perdido cielo  
 De las glorias de tiempos que pasaron.

(1) No se pretende, al invocar estos nombres, la glorificación de ninguna personalidad tomada en el conjunto de sus hechos. Se alude únicamente al heroísmo desplegado en Sipe-Sipe y á los triunfos de las Piedras y Sarandí.

Lograste ¡oh Patria, ser independiente!  
 Pasó la noche oscura,  
 En que extraño dominio, de amargura  
 Y de oprobio llenó tu augusta frente.  
 Mas tu ímproba labor aún no ha concluido;  
 Es, ser independiente, un gran problema,  
 Que si resuelto ha sido,  
 No tienes por qué echar en el olvido  
 Otro yugo también feroz é hiriente  
 Bien digno de anatema.

Odia ¡oh Patria! el horrendo despotismo  
 Que á veces pesa sobre un pueblo fuerte,  
 Que por temor servil postróse inerte.  
 Es, sin la libertad, la independencia,  
 Oscuro y cruel abismo  
 Donde todo pelagra á un tiempo mismo,  
 Los derechos sagrados, la conciencia! . . .

Yo sueño para tí, puesto de altura,  
 ¡Oh Patria de mis caras ilusiones!  
 Y sólo hecha girones  
 Tu enseña ayer tan pura,  
 No buscarás la senda de tus glorias,  
 Cuando haya del deber que dar lecciones  
 Y á la alma libertad justas victorias.

Y mientras que no luzca la alborada,  
 Que en fúlgidos colores  
 Muestre los esplendores  
 De noble aspiracion ya realizada,  
 Deténgase en el suelo la mirada;  
 Y no se alee del suelo  
 Para mirar al cielo,  
 Hasta que de esa luz el primer rayo  
 Al pueblo hiriendo en la abrasada frente,  
 No le diga: «Serás omnipotente,  
 Cuando de tu desmayo  
 Salgas, para mostrar que aún maniatado  
 Te yergues con tu aliento del pasado».

Negro destino, en tanto,  
 De esclavo vida á su señor le impone,  
 Y en premio á su quebranto,  
 Le dá un mendrugo y de su honor dispone.  
 Todo es vivir. . . pero un vivir incierto  
 Que no fué el que magnánimos soñaron  
 Los que en el campo á la contienda abierto  
 Su huella por ser libres estamparon.

La insigne libertad, hora por hora  
 Recuerda esos campeones,  
 Porque si oprime entre cadenas gime,  
 Jamás cobarde implora:  
 Sus adalides llama  
 Para trozar menguados eslabones,  
 Y con vigor sublime  
 Que la justicia inflama,  
 Desconcierta en el brazo que la oprime  
 El empuje de énicas pasiones;  
 Se eclipsa errante, pero nunca muere,  
 Y generosa abriga  
 Compasion para el torpe que la hiere,  
 Y amor para el valiente que la siga.

Del estandarte fiero  
 Que en días felices tremoló triunfante,  
 Si viene al suelo hasta el giron postrero,  
 ¿No habrá quien lo levante?  
 Tú lo dirás, ¡oh porvenir! . . . Te espero,  
 ¡Manantial de esperanza no extinguido!  
 Mientras . . . el bardo que á la Patria canta  
 Gime al ver su clamor desconocido,  
 Y mústio desfallece, si perdido  
 Juzga el acento que viril levanta.

.....  
 Cuando asfixiante en los espacios gira  
 La atmósfera letal de un día de fuego,  
 Como alto bien se mira  
 La tempestad que luego

Estalla en el vacío,  
Porque ella arrastra con potente brío,  
El veneno del aire que se aspira.

Lira! Tregua al dolor! Mira adelante!

La ola que se estrella  
En la caliza roca y espumante  
Su ruda furia con sus tumbos sella,

El astro rutilante  
Que la noche ilumina,  
Y la brisa ligera

Que cruza los espacios placentera,  
Anhelan que de cólera divina,

Como nuncio sublime,  
Se escuche el rebramar de la tormenta;  
Que suba la marea y se aproxime  
El vendaval que arrasa, si acrecienta.

La ola protesta en su lenguaje altivo,  
Y á hender la roca dura se prepara;

El astro palidece  
Que en los días de gloria iluminara,  
Y muestra su ódio en su fulgor esquivo;

Y la brisa enmudece,  
Antes que traer en su sutil murmullo  
Los écos de dolor con que tropieza;  
Ecos que exhala el lastimado orgullo  
Del que su afrenta á comprender empieza.

Si amor de Patria, noble y abnegado

Quiere seguir las huellas  
Del homérico tiempo ya pasado,

No busque en un presente  
De insólitas querellas,  
De esos días el rastro refulgente.

Para encontrar consuelo  
Al ver tornarse en rápidas centellas  
Los altos dones de una gran victoria,  
El ciudadano de virtud modelo,  
De Sarandí se inunda con la gloria

Y su fé alienta ese recuerdo puro,  
Mientras que lucha por rasgar el velo  
Que oculta los secretos del futuro.

Tambien mi lira triste,  
En homenaje á ese feliz pasado,  
De sus agrestes notas ha arrancado  
Una que lo recuerda.

Si la amortigua el llanto. . .  
Entre otros écos de dolor se pierda;  
Que si el mal no persiste,

Con las auroras que vendrán serenas  
Esa lira alzará otra vez su canto,

Su canto de esperanza,  
El himno del que avanza  
A ensalzar glorias olvidando penas.

Montevideo, Agosto 7 de 1879.

## La Luz de la Creacion

POR EL SEÑOR DON PABLO GARRIGA

«God is light.»

MILTON.

Era el Cáo, aborto de la nada,  
Masa informe arrojada en el profundo  
Y de eterno silencio circundada;  
Mas Dios lanzó al Abismo una mirada  
Y fué la Luz, y con la luz el mundo!

Y apareció la tierra en el espacio  
Con sus valles, sus montes y colinas,  
Y brotaron las aguas cristalinas,  
Y, cual techo de espléndido palacio,  
Se extendieron del éter las cortinas.

Y se animó el gran todo. Las estrellas  
Innúmeras surgieron en el cielo;  
Y radiantes y nítidas cual ellas,  
Almas de luz, tan puras como bellas,  
Emprendieron atónitas el vuelo.

Y el universo se pobló, y la vida,  
Palpitante doquiera, en bullidoras  
Oleadas, por los mundos esparcida  
Despertó á la materia adormecida  
A influjo de sus fuerzas creadoras.

Y séres engendraron á millares  
Del fecundo universo las entrañas;  
Del cielo en las regiones estelares,  
En los senos profundos de los mares,  
O en la altísima sien de las montañas.

Y fué la Luz el alma fecundante,  
Vida del mundo, del Creador esencia:  
En los séres principio de existencia,  
En los astros, corona centellante  
Y en el cerebro humano, Inteligencia!

Valparaiso, Febrero 27 de 1882.

Andar y desandar es ley humana.  
 Voy adelante por volver atrás.  
 Agrada por la noche la mañana:  
 Aquélla en ésta nos agrada más.

Santiago, Noviembre 1874.

## Rarezas del placer

POR EL SEÑOR DON FANOR VELASCO

Tranquilo voy por la llanura: el monte  
 Magestuoso se eleva mas allá.  
 Subir es extender el horizonte....  
 Subo, y.... ¡qué hermoso el panorama está!

Desde la cumbre la llanura veo  
 Y siento de las flores el olor.  
 ¡Llanura encantadora! yo deseo  
 Coger en ella una fragante flor.

Un jazmin por el viento estremecido  
 Me llama la atención: tomo el jazmin,  
 Lo prendo en el ojal de mi vestido,  
 Y me marchó sereno del jardín.

Un ave va cruzando por el viento.  
 ¡Un ave!... ¡al vuelo!... ¿se podrá escapar?  
 Disparo, cae, y lleno de contento  
 Voy rápido mi víctima á buscar.

Corre la sangre de la cruel herida,  
 De la agonía escucho el estertor.  
 ¡Cómo pudiera yo infundirle vida!  
 ¿Por qué un placer se convirtió en dolor?

Busco el placer, lo encuentro, y sólo veo  
 Pena ó fatiga en donde ví un placer.  
 ¿Todo el placer consiste en el deseo?  
 ¿No goza el que principia á poseer?

## Todos aman

POR EL SEÑOR DON LUIS RODRIGUEZ VELASCO

¿Qué es el amor, madre mía?  
Hija, el amor es la llama  
Que dá vida á cuanto existe,  
Que anima el cuerpo y el alma.

Pero, madre, yo conozco  
Algunos hombres que no aman.  
Esos, hija, no son hombres:  
Son cadáveres que andan.

Santiago, Octubre 30 de 1872.

## Valor teórico y práctico de la soberanía del pueblo

POR EL DOCTOR DON MARTIN C. MARTINEZ

Hemos visto que los defectos capitales del parlamentarismo derivan de la incompetencia de la masa para juzgar las cuestiones políticas.

Por eso obtienen sus votos los demagogos y oradores superficiales; por eso son inestables los gobiernos: la envidia mella á los hombres superiores y la opinion se bifurca en cien direcciones, esterilizándose para los movimientos colectivos.

Toda enmienda de esos vicios debe consistir, pues, en un aumento de poder de las clases ilustradas y conservadoras.

Pero aquí chocamos con una preocupacion de principios, ó más bien, con la exageracion de un principio verdadero.

Me refiero á la soberanía del pueblo.

Los que consideran este dogma como el fundamental en materia de gobierno, como un principio absoluto al que toda otra consideracion debe subordinarse siempre, están incapacitados por su sistema filosófico para aceptar cualquier mecanismo de gobierno, que si bien restrinja la intervencion popular, en cambio dote á la sociedad de instituciones conservadoras.

Mr. Prins, en el libro que citaba en el anterior artículo, propone un nuevo sistema electoral, segun el cual la votacion debe tener lugar por grupos ó clases; asignándose de antemano en la ley tantos representantes á la clase de los propietarios, tantos á la de manufactureros, tantos al foro, etc. Cada individuo votaría en su grupo, que elegiría un número de representantes proporcional á su importancia social.

Le hablaba el otro día de tal sistema á uno de nuestros más conspicuos hombres de ciencia. Sin entrar al exámen de las consecuencias benéficas ó perjudiciales que pudieran resultar para la sociedad, lo rechazó de plano, invocando, como única razon, la de que tenía una base ilegítima.

La ilegitimidad consistía en que atacaba la concepción actual de la soberanía, según la cual es la mayoría numérica de un país quien tiene derecho para resolver en definitiva los asuntos públicos.

Es, pues, el primer deber impuesto á los que creemos que los defectos del régimen parlamentario se deben á su inestabilidad y al poder cada día creciente de la masa, generalmente ignorante y mal inspirada, establecer el valor teórico y práctico de la soberanía del pueblo, ya que, como vemos, su concepción influye en cabezas privilegiadas hasta para la solución de los problemas más inmediatos de la política.

¡ Vaya si influyen ! ; Pues no hemos visto aparte de la prensa en cuestión, en la que se abundaban argumentos decisivos de otro orden, sostener que no se debe ni siquiera desear la sancion de los proyectos sobre materias religiosas, nada más que por ser ilegítima la fuente del gobierno que los presentó !

A su juicio que tales proyectos no tenían mayor importancia; que no eran sino una mistificación, para distraer la opinión de las cuestiones de mayor interés; que es absurdo é indecoroso hacer acto de opinión apoyando, cuando probablemente no nos sería dado hacerlo censurando, en cuestiones más vitales, — todo eso y más era nada, en comparación de este argumento ópimo de metafísica: que no siendo el gobierno legal no tenía autoridad para tomar la medida !

¡ Como si durante diez años no tomara esa y tantas otras !

Capaces serían estos adoradores de la legitimidad, de desempeñar las calles por el origen ilegítimo de los adoquines.

Cuando el que estas líneas traza regenteaba la cátedra de Derecho Natural de la Universidad, en el programa se enunciaba como una de tantas cuestiones, la siguiente: « Examinense las diversas teorías sobre la soberanía popular y discútase si sólo son legítimos los gobiernos que de ella emanan, si el principio de la soberanía del pueblo tiene un valor absoluto ó bien es un mecanismo del Estado que se justifica por su utilidad. »

Esto leyó uno de los examinadores, que es quizá nuestro más elocuente y popular tribuno, y no supo cómo manifestar su temor de que semejantes doctrinas corrompiesen la conciencia cívica de la juventud.

Desgraciadamente, debe tener ya la demostración acabada de que en materia de perversion de la dignidad cívica, por todas partes se va á Roma.

Vamos si es de escandalizarse la tésis.

La filosofía política que 'engendró la Revolución se caracterizó por su desenfado para resolver los grandes problemas sociales é históricos, con la ayuda de este simplicísimo criterio: todo hasta aquí ha sido obra del clero, los reyes y la nobleza complotados para engañar, robar y deprimir al pueblo: las instituciones seculares que han llegado hasta aquí y es preciso derrumbar, son obra de ese consorcio infame.

Les bastaba á los filósofos del siglo pasado patentizar la falsía de la ficción á que se acogían las viejas instituciones, para ejercer demostrado que jamás habían respondido á propósito útil alguno.

Ridiculizando tal dogma de la Iglesia, pillándola en tal mentira histórica, — se proclamaba que la religión no había tenido otro objeto, que era un suntuoso aparato para mantener en la credulidad y la sumisión al pueblo. Así racionan todavía algunos de nuestros filósofos.

En cuanto al gobierno, disipado el encanto y el prestigio de la institución divina, el rey fué convicto de usurpación, él y toda su raza. — A Robespierre no le quedaba la más mínima duda de que los reyes habían sido todos una turba de tiranos, usurpadores de la soberanía.

Esa filosofía tan mentada por los grandes cataclismos que produjo, á pesar de su patente superficialidad, jamás comprendió que las instituciones seculares de la sociedad tienen una razón profunda de existir, inmensamente más poderosa que la que aparentemente ellas mismas se prestan.

Agréguese á ese error que domina toda la filosofía política é histórica del siglo XVIII, este otro, igualmente grave: que la naturaleza humana es por doquiera la misma, que la sociedad apenas cambia el fondo moral de la especie, y que cuando lo modifica, cualquier colectividad humana puede en poco tiempo llegar al mismo nivel, y tendremos explicado el origen de estas máximas que desde entonces vienen envenenando de perdurable demagogia á los gobiernos libres: no hay ni ha habido autoridad legítima sino la que elijan las mayorías numéricas de la sociedad y esté sujeta á su revisión constante; las instituciones todas deben ser emanaciones directas y dependientes de esa soberanía; esa debe ser la primera condición de un gobierno.

Para los revolucionarios del 89 no hubo nunca duda de que la Francia, la Europa y aún el mundo de su época, estaba prepa-

rado para recibir instituciones libres, ó más bien, que ninguna preparacion se requeria; y todavía me atreveré á decir que á los más fogosos y que más primaron en la opinion, jamás se les ocurrió tampoco esa duda, respecto de pueblo alguno presente ó pasado.

Por eso los filósofos y romanceros de la época se figuraban á los salvajes creando la sociedad política, como lo ha descrito pintoresca y picarescamente Taine:

«Se imaginaba vagamente una escena semi-bucólica, semi-teatral, semejante á la que se veía en los frontispicios de los libros ilustrados de moral y de política. Hombres medio desnudos ó vestidos con pieles de animales, reunidos bajo una gran encina; en medio del concurso, un viejo venerable se levanta y les habla «el lenguaje de la naturaleza y la razon,» les propone unirse y les explica á qué se obligan por ese compromiso mútuo, les demuestra el acuerdo del interés público y del interés privado y concluye haciéndoles sentir las bellezas de la virtud. Inmediatamente, todos lanzan gritos de alegría, se abrazan, se aprietan á su alrededor y le eligen su magistrado. En todas partes se baila bajo los árboles y la felicidad en adelante está establecida en la tierra.»

Con tales concepciones, ¿cómo no sulfurarse filantrópicamente contra los pontífices, reyes y tiranos que han venido á turbar desde el día siguiente de la bucólica formacion de la sociedad, ese majestuoso y feliz reinado de la soberanía del pueblo?

Tales doctrinas corrientes sobre el hombre, la sociedad y la historia sustentaron fácilmente la doctrina de Rousseau sobre la soberanía: no cupo duda en adelante de que el gobierno debió siempre y en todos tiempos *omnia sibile et cognoscibili*, resultar de una decision de la mayoría nacional y estarle supeditado en cuanto fuera posible.

Quedaba aún una cuestion fundamental á resolver. ¿Por qué razon la mayoría podría imponer su decision á la minoría?

Entonces Rousseau imaginó el contrato social, por el que cada ciudadano, al ingresar en la comunidad política, renunciaba á toda su personalidad, en cambio del poder que adquiría como miembro de la soberanía y aceptaba como regla de decision la voluntad de la mayoría.

De aquí dedujeron, él con la lógica y la Montaña con la guillotina, la teoría que legitimaba todos los actos del pueblo ó más bien de los que decían representarlo.

Así, en esas cabezas que no entienden más lógica que la de las matemáticas, con facilidad una utopía, aparentemente inofensiva, se encarna en terribles aplicaciones prácticas.

Espantados de las consecuencias á que arribaba la teoría de la soberanía del pueblo, los doctrinarios Cousin, Guizot, Royer Collard, Benjamin Constant, trataron de limitarla por los derechos inalienables, esto es, que el ciudadano conservaba al ingresar en la comunidad política.

De aquí la importancia atribuida á las declaratorias de derechos que lucen en el frontispicio de las constituciones modernas.

Esas materias, dicen, esos derechos naturales están arriba de toda legislacion.

Pero desde luego, si es posible proclamar que tales derechos, la propiedad, la familia, la libertad del pensamiento en sus diversas manifestaciones, la libertad de trabajo, etc., son inalienables é ilegislables, no es sino de palabra, pues la autoridad, para llenar sus fines, debe forzosamente limitarlos por sus reglamentos más ó menos restrictivos.

Es sabido que las leyes más despóticas empiezan muy frecuentemente con un pomposo reconocimiento del mismo derecho que ahogan ó mutilan.

Después, no se trata simplemente de una declaracion teórica que sirva de norma de conducta á un respetable grupo de académicos que convengan en que los poderes legislativos de la sociedad tendrán tal ó cual límite, sino de saber qué valen esas vallas morales cuando es el caso de atajar el torrente desbordado.

¿Creeis que la Comuna mañana se contendrá más que la Revolucion ayer, por vuestra declaracion de los principios inalienables é imprescriptibles, cuando la voráGINE que prepara tiene por objeto derrumbar lo que ya llama la declaracion de los burgueses del 89?

¿Vale más su declaratoria, para nosotros que encarnamos el derecho nuevo, se preguntaría, de lo que valieron para ellos las seculares prerogativas reales?

Como el contrato social influyó en la inteligencia lógica pero estrecha de los jacobinos, es posible esperar que la concepcion doctrinaria de la soberanía influya en los espíritus universitarios; pero conjurar así las tempestades populares es lo mismo que conjurar las tempestades reales con rogativas y velas de cera.

¡Nó! — Si se palpa que el gobierno del pueblo tiene gravísimos inconvenientes, si bien de otro orden que los de los gobiernos que

le han precedido, lo que corresponde es crear instituciones en la sociedad, cuyo vigor ó influencia sean hasta cierto punto independientes de la masa.

Pero entonces se grita al sacrilegio; se increpa que no hay autoridad legítima sino aquella que no sólo es nombrada por la mayoría numérica, sino que está sujeta á su constante revision.

Pero, ¿por qué?

¿Cuál es la razon por la que el gobierno de muchos es más legítimo que el gobierno de varios ó el de uno?

¿Qué fundamento *a priori* hay para proclamar como única base legítima el imperio de las mayorías?

Supongamos que el gobierno de un hombre fuese mejor, más económico, garantiera más la libertad que el gobierno de muchos.

Hablo en hipótesis, y no en la de un *buen déspota* que garantizará su buen gobierno por vida y dejase al pueblo abandonado é inerme despues que desapareciese de la escena política.

Si fuera posible este hecho imposible, que el imperio de un hombre protegiese en el presente y en el porvenir á la sociedad mejor que el gobierno propio, aquél sería el más legítimo, por lo mismo que garantizaría á la sociedad mayor suma de felicidad presente y futura.

Si, por el contrario, el régimen de la soberanía popular lejos de ser, como lo es, el que mejor garante el derecho, fuese su amenaza permanente; lejos de controlar eficazmente á los gobernantes les facilitase ocasiones de agredir el derecho de los gobernados; si tal sucediese, el régimen popular sería el más ilegítimo.

La historia reconstituida en nuestro siglo nos permite comprobar estas proposiciones á la luz de los hechos y demostrar que no hay ninguna forma de gobierno que sea absolutamente ilegítima en sí, y que el error de la Revolucion fué no explicarse la perfecta correspondencia de la forma de gobierno al medio social.

Que el despotismo militar y teocrático de los pueblos antiguos era un hecho necesario, indispensable para la conservacion social, es algo perfectamente demostrado por los trabajos de H. Spencer, Bagehot, etc.

Sin aquella organizacion de fierro, imposible imponer leyes á la naturaleza todavia indisciplinada del hombre; imposible dotar á la nacion de esa unidad de impulso que únicamente podía garantir su existencia en el embate constante de la guerra; imposible convertir la naturaleza indómita del cazador á la de humilde súbdito, adaptado al trabajo, á relaciones regulares de familia, á la gerarquía social, al respeto por sus jefes y sus semejantes.

Porque ahora todos comprendemos las ventajas de la sociedad y del gobierno (en ciertos casos, un poco á la fuerza), nos imaginamos que igualmente las comprendía el hombre que precedió á su formacion, — como nos parece, segun la justa comparacion de Bagehot, perfectamente natural el ajustamiento maravilloso de la vista á la lectura ó cualquiera de nuestros hábitos é instintos, sólo explicables, sin embargo, merced á adaptaciones de delicadeza infinita en la especie y el individuo.

Es con este criterio histórico que se ha explicado el profundo aislamiento en que sumían á los pueblos las teocracias antiguas, interesadas en que el contacto con otros hombres no conmoviese la fé de las multitudes, esa fé que habia sustituido el hierro en el gobierno de las sociedades; — el horror por el mar y por el comercio, reputado la más inmoral de las industrias aún por los griegos; — la ruina de las Repúblicas griegas del Asia Menor, incapaces por su libre organizacion incipiente de resistir el empuje de los depotismos orientales; — el que los filósofos griegos, como Platon y Aristóteles, divergentes en sus métodos y sistemas, estuvieran de acuerdo en su admiracion por los gobiernos fuertes, á pesar del lirismo del primero y de vivir en la democracia más famosa de la antigüedad; — el régimen de las castas, primera manifestacion de la division del trabajo, creada por el progreso económico pero mantenido por la religion; — el imperio de la costumbre, superior á todo otro motivo, aún cuando han dejado de ser imperativas, al punto de que en la India todavia es el obstáculo más fuerte que la civilizacion inglesa encuentra á cualquier innovacion.

Es indudable que los fundamentos del régimen social, los principales lineamientos del hombre civil, los han echado esos gobiernos teocráticos y militares, que si hoy combatimos y odiamos es porque ya han cumplido su mision histórica.

Pero si su mision en la sociedad moderna es asunto concluido, de su ejemplo podemos servirnos para ilustrar esta cuestion de la soberanía. — En efecto: en esa situacion histórica, polo opuesto de la nuestra, el gobierno legítimo era el de uno solo ó de varios que gobernaban con delegacion divina y prescindencia hecha de la voluntad de los gobernados; — legítimo sí, porque no habia otro posible ni deseable.

Oigo decir: la fatalidad no es la legalidad.

Pero, entonces: ¿cuál puede ser el criterio para determinar la legitimidad de un gobierno, si no es su bondad entendida en un sentido

ámplio, respondiendo no sólo á la felicidad de la generacion que rige, sino de las futuras generaciones?

La voluntad del pueblo, respondeis. — Pero aparte de que este es, salvo justas excepciones, una entidad un tanto metafísica, cuya soberana decision cada uno interpreta de manera distinta, ¿porqué es respetable la voluntad de la mayoría de la nacion, sino porque justamente se la presume inspirada por la justicia y el interés social?

Si otra forma respondiese mejor á esas inspiraciones de la justicia y la conveniencia pública, la soberanía sólo debiera emplearse para, viviendo lo que vive un lirio, abdicar inmediatamente sus poderes en aquella.

Tambien Hobbes era gran partidario de la soberanía originaria del pueblo. Él, antes que Rousseau, sostuvo que una convencion se había pasado al principio, con la diferencia de que el objeto del contrato fué, segun él, transferir el poder para siempre á un déspota, como único medio de conservar la paz, — en tanto que Rousseau creía que por ese acto el pueblo se había reservado hacer por sí mismo el gobierno.

Lo importante no es, pues, que los gobiernos tengan origen popular, puesto que de él pueden dimanar todas las formas posibles de organizacion, — sino el poder que el pueblo se reserva permanentemente ejercer en ó sobre el gobierno.

Eso lo sabía bien Rousseau y por eso sostenía que la soberanía es indelegable.

El argumento de los defensores doctrinarios de la soberanía es el de que de la misma manera que un hombre puede disponer de su destino, debe disponer tambien un pueblo.

Pero, ¿por qué los hombres tienen el *self-government*, sino porque la presuncion racional es de que nadie mejor que uno mismo sabe lo que conviene á su felicidad; y porque aun cuando estuviere equivocado, la intervencion extraña sería de peor éxito que el mal que uno mismo se produjese?

Cuando tales presunciones no median, como es el caso de los niños ó de los interdictos, entonces la sociedad los gobierna y los impone.

Pues lo mismo pasa con los pueblos que son niños mucho más tiempo que las individualidades que los forman, dado que para desenvolverse libremente, las grandes agrupaciones políticas reclaman la posesion de otras condiciones inmensamente más difíciles que las exigidas para el desenvolvimiento individual.

Ahora bien: lo que ya se puede decir es que el régimen del sufragio universal aplicado á la generalidad de los empleos públicos, si bien ha evitado la falta de control del antiguo régimen, el monopolio del poder y que éste se ejerciese para favorecer determinadas clases, en cambio ha introducido otros gravísimos abusos, entre los que deben enumerarse en primera línea la inestabilidad de las instituciones, la facilidad con que los demagogos obtienen los sufragios, en tanto que los hombres verdaderamente políticos son despreciados y la incoherencia fatal de los actos del gobierno allí donde la sucesion de los hombres en el poder tanto se precipita.

Hasta aquí los constitucionalistas de la escuela democrática han creído ver un sánalotodo en el imperio de las mayorías numéricas que, debe decirse aunque choque, es el imperio de la gente que menos sabe y vale.

¿Quién mejor que el pueblo puede saber lo que le conviene? — Ante esta pregunta contundente se ha detenido toda su ciencia sin seguirse interrogando cómo piensa, cómo se forma, cómo actúa ese pueblo deficado por la Revolucion.

Entre tanto, la nacion mejor organizada ha hecho su constitucion á retazos, conservando su monarquía, su aristocrática cámara de lores y su antiquísimo sistema electoral para elegir los comunes que le han permitido hasta hace poco perpetuar el poder en la aristocracia, la que no la ha trasmitido al pueblo sino á los burgueses. — Bélgica ó Italia conservan su monarquía constitucional y su senado vitalicio, nombrado por el rey, y se cuentan entre los países de gobierno más equilibrados. — Francia, despues de haber dado en un siglo la experiencia más dolorosa de los gobiernos populares, ha recién constituido una república seria, porque es profundamente conservadora. — España, despues de haber hecho sus ensayes de república á imitacion de Francia, ha encontrado la paz y una prosperidad sorprendente en el régimen monárquico templado.

Los dos países mejor organizados, políticamente, de la América del Sud, han consolidado instituciones libres poniendo tambien el espumoso y generoso licor de la democracia en odres viejos, el uno con su imperio y el otro con su aristocracia. — Los que seguimos ciegamente el movimiento revolucionario de la Francia, ni hemos tenido como ella el honor de caer en manos de Napoleones, sino de los Daza, Prados, Ventimillas, Guzman Blanco, etc. ¡Etcétera, no te comprometas!

Se lo debemos en buena parte á la obsesion de este principio de la soberanía, al que todo lo hemos sacrificado.

El ilustre catedrático, arrebatado á las esperanzas del alto profesorado nacional por uno de los más arbitrarios *úkases*, le daba duro y parejo á las aristocráticas instituciones chilenas, que juzgaba refractarias de la revolucion americana. Nuestros constituyentes cometieron quizás el mayor de sus errores con las elecciones á corto período, que significan una crisis cada tres ó cuatro años, impulsados por el mismo prejuicio. Todavía sus disposiciones conservadoras han sido de las más criticadas; y así hemos todos repetido de memoria « *Les questions constitutionnelles de Laboulaye* » y fustigado los artículos finales de la Constitución que dificultan su reforma, como un ataque tremendo de los constituyentes á la soberanía nacional. Sin embargo, esa sabia disposición varias veces ha servido ya de barrera á las ambiciones más ilegítimas y torpes.

Queda el ejemplo siempre deslumbrador de los Estados-Unidos. Pero aún dejando aparte la opinion de los que sostienen que el día de prueba para sus instituciones recién será aquel en que las grandes clases proletarias se incuben, — uno de nuestros más graves errores ha sido siempre no tener la suficiente modestia para palpar la diferencia que iba de las colonias inglesas, herederas y conservadoras de las instituciones británicas, insurreccionadas á la primera imposición de la metrópoli, — á las pobres colonias españolas, herederas del más fánatico y embrutecedor despotismo, é insurreccionadas á fuerza de ser explotadas y oprimidas.

Este ejemplo nos sirve para comprobar la tésis. — Cuando el respeto de la libertad, los hábitos de discusión y el espíritu conservador han alcanzado la plenitud, como en ese país ó en Inglaterra, las instituciones conservadoras pueden desaparecer, porque en realidad ya están ellas en el cerebro y en el corazón de cada ciudadano.

En Inglaterra, el rey y la cámara de los lores eran, hasta hace poco, rodajes importantes del gobierno. Hoy son ceros monumentales. La buena reina se pasa tres semanas en Londres y el resto en Escocia y en la isla Wings, charlando de cosas caseras con sus arrendatarios. Es fama que sólo por ceremonia se ve con Gladstone, á quien estima bien poco, el que á su vez no hace mayor caso del aprecio ó de la antipatía de su soberana. Los lores votan sin pestañear regimientos de leyes liberales; y cuando han querido hacer oposicion, como cuando el *bill* electoral, el año pasado, han visto á sus súbditos en irrisoria procesion llevando un fétetro ridículo, como significativo presagio de la suerte que espera á la famo-

sa cámara que en otros tiempos dominaba todo el sistema político. Es que ya el pueblo todo es suficientemente conservador para que necesite aún instituciones de resistencia.

Pero desde el estado despótico del Oriente, que fundó las primeras instituciones de la sociedad, hasta esas « democracias templadas por el buen sentido », hay una série de gradaciones, en las que sería tan absurdo aplicar el despotismo oriental como la república norte-americana.

Conocer el grado y dotar á la sociedad en que actúa de las instituciones convenientes á la vez para tal momento histórico y para que ascienda progresivamente, — esa es la mision del político.

Tal gradacion se la muestra la historia. Las repúblicas griegas y romanas estaban ya muy distantes del despotismo oriental; pero más aún de la concepcion moderna de la democracia. Debían responder á las necesidades de la libertad y á las de su seguridad exterior. Muchas veces la escision que en su seno producía la libre discusión, las dificultades que creaba á una accion rápida, precipitó su ruina. — Cuando se salvaron, lo debieron desde luego á que su cuerpo deliberante no era en verdad todo el pueblo, sino una pequeña parte de él, sustentada sobre clases privadas de los derechos políticos y principalmente sobre la numerosa clase esclava; y en segundo término, á que no había en las sociedades antiguas, como en las nuestras, derechos individuales, ante los que debiera detenerse la accion pública. Todo el hombre era absorbido por el Estado; no tenían la concepcion de la libertad civil. A esa concentracion, á ese despotismo tumultuario debieron su potencia.

En cuanto á los Estados libres modernos, las ciudades eran gobernadas por oligarquías, y la Inglaterra, que es la primer nacion que merezca aquel título, debe á una série de transacciones entre la nobleza, el rey y el pueblo, sus envidiadas instituciones.

Doquiera que el gobierno libre ha echado raíces, la influencia desquiciadora de la masa ignorante ó indisciplinada ha sido equilibrada por instituciones conservadoras, hasta que ya la práctica del gobierno regular concluye en éstas como en las demás materias, por hacer inútil la coaccion.

Concluyamos: la intervencion del pueblo es indispensable á todo gobierno regular, pero debe guardarse de crearla un remedio para todas las enfermedades políticas y ménos de que haga excepcion á los remedios que, á grandes dosis, se convierten todos en venenos mortales.

A quien estas ideas tache de peluconas, le recordaré que los pelucones han hecho buenas cosas por América, y que los tres hombres más grandes de la revolucion, Bolívar, San Martín y Rivadavia, fueron algo más que republicanos conservadores: fueron monárquicos convencidos.

## La biblioteca

(Fábula)

POR A. FILON, INSPECTOR HONORARIO DE LA ACADEMIA DE PARÍS

TRADUCCION DE DON E. G.

Cierto día se oyó mucho ruido en la biblioteca de un gran señor. Eran los libros que, aprovechando la ausencia de su dueño, habían salido de sus casillas y mantenían entre sí la conversacion siguiente:

*Un in-cuarto* (de voz sonora, algo cascada) — Confesad, mis amigos, que jugamos aquí un rol bastante supérfluo. El que nos posee sólo hace sacar de vez en cuando, por sus criados, el polvo que nos deshonra; pero, jamás nos toca con la punta del dedo, y si entra, por casualidad, á este sitio, es para mostrarnos á sus amigos, no para leernos.

*Un in-folio* (de voz que hace temblar toda la habitacion) — Teneis mucha razon, querido compañero, y yo me indigno, como vos, del reposo á que estamos condenados. ¿Quereis creer que durante diez años no he cambiado de lugar? Confieso que no soy muy fácil de remover, y que los libros del día son más elegantes y más cómodos que yo; pero, ¿es ésto una razon para abandonar mi vejez á la voracidad de las ratas?

*Un libro de filosofía* — En cuanto á mí, se me hace alguna vez el honor de aircarme, permaneciendo meses enteros sobre el escritorio de nuestro dueño; sin embargo, por eso no estoy más adelantado que vosotros, pues no me abren nunca; mientras tanto, él se jacta de ser filósofo!

*Un libro en latin* — Él se jacta tambien de conocer el latin, y sabe Dios si al leerme me comprendería. He pertenecido antes á un hombre pobre y laborioso que se ha hecho de nombre por sus trabajos útiles: entonces se me hojeaba día y noche, aunque no tuviese, como no tenía, por cubierta, más que un modesto pergaminó. Hoy que se me ha dispensado el honor de una encuadernacion en cuero, me cubre el polvo y me come la polilla!

*Un nuevo libro á la rústica* — Pase todavía con vosotros, libros antiguos, que figurais en las librerías desde la invención de la imprenta. Al menos se os lee dos veces por siglo, pero al fin se os lee. El digno de lástima soy yo. Todavía huele á prensa mi humilde papel, y ya languidezco en un oscuro rincón. Y eso que he sido presentado al amo por mi padre en persona, pudiéndose leer en mi primera página: *Obsequio de la amistad*. Pues bien, no solamente no se me ha leído, sino que ni siquiera se me ha cortado.

*Varios libros* — Este hombre no lee nada.

*Un libro in-12* — Perdonad, señores, que me lee todas las tardes y hago sus delicias, aunque no soy, según se dice, sino una pésima novela, en la que la insipidez de los sentimientos se une á la inverosimilitud de los hechos.

*Un libro in-32* (de voz chillona) — Yo también soy uno de los favoritos de nuestro dueño.

*El in-folio* — ¿Quién es ese enano?

*El in-32* — Tengo el honor de ser una compilación de citas y anécdotas; y en mi lectura se abastece de *esprit* nuestro amo: me estudia de memoria por la mañana, y á la noche me recita.

*El in-folio* — ¡Hé aquí el uso que hace de todos sus tesoros! ¡Cuántos hombres que no son sino ignorantes y *papagayos*, podrían hacerse instruidos y espirituales!

## Celebridades contemporáneas

POR DON LUIS D. DESTEFFANIS

### I

LUIS DAVID

David est resté debout et il vivra; le temps le vengera de ces mépris des révolutionnaires et des réactionnaires de l'art.

A. JAL. — (*Tableau de Paris: L'école de peinture* — 1809-1834.)

Aunque durante todo el último cuarto del siglo XVIII el nombre de Luis David haya resonado como el del primer pintor de su época, nosotros le damos un puesto entre los contemporáneos, ya sea por haber aquél vivido otro cuarto de nuestro siglo, ya porque queriendo entretener ahora á nuestros lectores con las biografías de los más célebres pintores de la Francia contemporánea, nuestro trabajo quedaría incompleto si hubiésemos de pasar en silencio al ilustre jefe de la escuela clásica francesa, el patriota que exhaló en tierra extranjera su alma, digna de un antiguo ciudadano romano.

Luis Jaime David nació en París el año de 1748. Sus adelantos en el arte y sus simpatías ardientes por los antiguos maestros de Grecia y de Italia, incompatibles con los principios de la escuela entonces triunfante, que clasificaba de *nabo raldo* (*navet ratifié*) el Apolo de Belvedere, le acarrió desde el principio el encono y la envidia de sus compañeros, quienes, con sus intrigas, le hicieron negar varias veces el premio anual en la Academia de pintura. El joven artista se desanimó: entusiasta de la materia, anhelaba con toda la fuerza de su genio poder ir á Roma á deleitarse en los milagros del arte, á perfeccionarse con el estudio incansable de las obras sublimes que abundan en la ciudad, que, según la expresión de la anónima biografía de madama *Récamier*, *será siempre la*

*sola y verdadera capital de las artes*; y que nosotros creemos será también el faro que alumbró la marcha gloriosa de los pueblos, cuando reconstruida la nacionalidad italiana, la ROMA DEL PUEBLO vuelva á ejercer la hegemonía civilizadora para la que destinóla la Providencia, cuando hermanaba en el genio italiano la potencia de la idea á la de la acción, de que son tipos sublimes el DANTE y GARIBALDI.

Sabido es que el premio á que nos referimos daba al premiado el derecho de ir á Roma á perfeccionar su educación artística. Como ese premio le era injustamente rehusado á David, éste se dejó arrebatar por su dolor hasta quitarse la vida. Se encerró en su cuarto decidido á dejarse morir de hambre, y hubiera indudablemente llevado á cabo su desgraciada resolución....

mas próspera  
mano acudió *del alto*,  
y á respirar vivíficas  
auras se le llevó.

Donde entre flores, tránsito  
dá fácil la esperanza. (1)

Esta mano benéfica era la de su amigo el poeta Sedaine. Él le reanimó con sus sabios consejos, y Luis vuelto á la vida y á la esperanza, venció al fin las intrigas de sus émulos, y en 1774 pudo pasearse por las calles de la ciudad Eterna. Los cuadros del *Belisario* y la *muerte de Héctor*, mostraron á todos los provechosos inmensos que sacó David de su primer permanencia en Roma, que duró más de cinco años. Vuelto allí en 1784, concluyó su lienzo de los *Horacios*, que despertó el entusiasmo general. Desde entonces David fué reconocido como el renovador de la antigua escuela clásica y su nuevo y más ilustre jefe. El servicio que rindió al arte este insigne pintor ha sido inmenso. Basta echar una mirada sobre los lienzos de los pintores más aclamados del siglo XVIII para ver cómo ellos arrastraban el arte á la perdición completa con su exagerado *manierismo*. David hizo por la pintura lo que Rousseau, Voltaire, Volney, Dupuis y otros por el pensamiento; Glüch y Mozart por la música; y sus cuadros, que representaban,

(1) Alejandro Manzoni, *Oda en muerte de Napoleon*, traducción de Harzembusch.

casi siempre, hechos heroicos de la historia antigua, contribuyeron inmensamente á despertar en el pueblo francés aquella romanomanía que, si tuvo su lado cómico, como todas las cosas humanas, no dejó por eso de tener su lado serio: sino díganlo los ejércitos de Prusia, Austria y España, cuando su malhadada invasión para restablecer á los Borbones sobre el trono de los Capetos.

David entonces fué elegido diputado por la ciudad de Paris en la Convención y dió su voto en contra del desgraciado Luis XVI. La salud de la patria lo pedía así.

Napoleon supo atraerse al jacobino, al amigo íntimo de Robespierre, el pintor de *Marat* y de *Leonidas*, y le mudó en senador y caballero de la legión de honor del imperio. Pero sobrevino la restauración borbónica, y el autor del *Robo de las Sabinas* tuvo que tomar, como regicida, el camino del destierro. Sin embargo, su gloria ganó y su escuela llegó entonces á su apogeo: ser discípulo de David bastaba para ser creído un oráculo en materia de arte; Gros, Guérin, Drollir, Schetz y Broc habían sido sus discípulos ó sus imitadores. La guerra encarnizada que le movían los *románticos* y los *ingresistas*, si pudo, con el tiempo, derrotar su escuela, no quitó nada á su nombradía. El célebre pintor murió en Bruselas el año de 1825, á los 77 años de edad. Los funerales del *jacobino* fueron dignos de un rey del arte.

Las obras de David no son muchas, pero buenas. La poca animación del colorido, la exageración en la imitación de la naturaleza y alguna incorrección en el dibujo no quitan por eso nada á la grandiosidad de la corrección, á lo bello y viril de sus tipos. Además, los defectos que hemos enumerado pertenecen más á los imitadores de David que no á él, y sería sobrada injusticia achacar los extravíos de los discípulos al maestro, cuando éste, como David, ha dado pruebas inequívocas de una potencia creadora que se acerca al genio. (1)

(1) E. L. Décluze ha escrito un volumen sobre *Luis David, su escuela y su época*, publicado en la *Biblioteca Académica*, editado en Paris por la librería Didier. El defecto de esta hermosa monografía es el de enaltecer al héroe en perjuicio de los demás; defecto de que suele adolecer casi siempre esta clase de trabajos, y de que adolecen los *Recuerdos sobre Madame Récamier*, citados en el texto y cuya autora parece ser la señora Lenormand.

## II

## HORACIO VERNET

Le vrai talent de M. Vernet est la verve.

ALFRED DE MUSSET.

Horacio Vernet, el último descendiente de una familia de artistas, ha muerto en París en 1863, lleno de días y de una gloria que tal vez ha sobrepujado sus méritos. Si la memoria no nos traiciona, creemos que fué Víctor Hugo quien, a propósito de Balzac, dijo que los grandes hombres formaban con sus obras el pedestal para la estatua que les edificaría la posteridad. — La base construida durante tantos años de trabajo por Horacio Vernet, ¿ será bastante sólida para sostener la estatua que sus admiradores le han preparado, desde muchos años acá? ¿ Confirmará la posteridad el apodo de *primer pintor francés del siglo*, de que ha sido gratificado Horacio Vernet? — Yo me declaro, desde un principio, incompetente para resolver el primero de estos dos problemas, pues el ilustre artista que nos ocupa ha pintado un número asombroso de lienzos, de los que nosotros no hemos visto más que una docena, y, seamos francos, no de los mejores por cierto; lo que nos imposibilita para formarnos una idea perfecta del talento de Vernet; y los críticos biógrafos franceses más afamados, que hemos consultado para escribir esta noticia, son tan contradictorios entre sí, que muy poco hemos adelantado con su lectura.

Respecto á ser Horacio Vernet el primer pintor de la Francia contemporánea, decimos redondamente que no puede ser; pues Gros, Géricault, Delacroix, Delaroche y otros, tienen cada uno en su género méritos tan grandes como los de Vernet, y sería una injusticia enaltecer á uno en perjuicio de los demás.

Eso de llamar á Homero, ó Dante, ó Shakespeare, ó Goethe, el primer poeta del mundo; Cervantes el escritor más chistoso que hubo y que habrá; á Hugo ó Manzoni, Lamartine ó Quintana, el gran bardo del siglo; á Walter Scott ó Balzac, Sué ó Jorge Sand, el primer novelista, son exageraciones añejas, ampulosidades engendradas por siempre del fraseario de la crítica, que ya, desechadas las menudencias y ridiculeces académicas, se precia, y con razon, de filo-

sófica, y tiene derecho para exigir una clasificación aparte, y no de las últimas, en la historia de la literatura moderna.

Nosotros volveremos sobre este punto importantísimo en otra ocasión, añadiendo aquí, tan sólo, que lo que hemos dicho del literato, se entiende también del artista, que es su compañero, que crea como él, y que, por consecuencia, es como él poeta.

Llámesese, pues, á Horacio Vernet un *insigne pintor*, y todo está dicho.

Es tema obligado de los biógrafos de nuestro artista el hablar de su abuelo y de su padre, que también han sido pintores, y de los principales en sus días. Nosotros nos excusamos este trabajo, satisfechos con haberle indicado, y vamos á tratar de nuestro héroe en los limitados términos que nos están permitidos.

Horacio Vernet nació el 30 de Junio de 1789 en el palacio del Louvre en París, residencia real, donde su padre Carlos tenía sus aposentos, en calidad de pintor de corte. — La revolución echó al poco tiempo de esa soberbia morada á sus habitantes, y los reyes y una tía de Horacio subieron al cadalso.

Dice Mirceourt que el ilustre pintor David, jefe de la escuela clásica, hubiera podido salvar la vida á la hermana de Carlos Vernet, y que no quiso hacerlo por haber ella rehusado su amor; y pretende el biógrafo, que de allí resultó el que Horacio Vernet se alistara en las filas de la escuela romántica. No sabemos hasta qué punto merezca té el libelista francés que ha pedido al escándalo su más ruidoso éxito.

Puede decirse que la senda de los artistas ha sido por Vernet cubierta de rosas. Desde cuando sus juveniles ensayos llamaron sobre él la atención pública, hasta la última producción de su feudo pincel, Horacio ha sido el hijo mimado de la gloria, y los sarcasmos de sus enemigos, y los reproches de algunos críticos severos, no hicieron más que dar realce á sus méritos y hacerle siempre más popular.

Su padre ha sido su primer maestro y su inteligente é incansable consejero. Pocos momentos antes de morir este buen viejo, decía de sí mismo: « Yo puedo decir como el gran delfín de Francia: *hijo de rey, padre de rey, y nunca rey.* »

## III

## PABLO DELAROCHE

Un esprit, un courage, un fidèle, un dédaigneux  
de tout ce qui n'était pas le beau, l'honnête, le bon

JULES JANIN.

Yerno de Horacio Vernet, y como él pintor, ha sido Pablo Delaroché arrebatado á las bellas artes cuando su talento, maduro ya, se había trazado un nuevo camino. La crítica francesa, que no siempre ha sido justa para con él, lloró la pérdida del grande artista, que, á diferencia de la mayoría de sus ilustres colegas y compatriotas, no prostituía su genio en aras de Mamón.— Si Horacio Vernet ha tenido amor á su arte, Pablo Delaroché le ha profesado siempre un culto entrañable: — hé aquí por qué las obras del yerno dejan una impresion más tierna y duradera que las de su suegro, y las sobrevivirán más en el recuerdo de la posteridad: — hé ahí por qué Delaroché ha sido jefe de una escuela, al paso que Vernet no ha fundado ninguna.

El carácter pensativo, melancólico y delicado al mismo tiempo de Delaroché, le hacía siempre buscar sucesos trágicos y con preferencia de altos personajes; por lo que el gran poeta y satírico Heine, que no la perdonaba á nadie, escribía: «M. Delaroché es el pintor ordinario de todas las majestades decapitadas.»

La muerte de su idolatrada esposa, acaecida por el año de 1847, contribuyó grandemente á aumentar el tinte sombrío de Delaroché, quien se volvió, en los últimos años de su espléndida carrera, al misticismo.— Pero el arte no perdió nada: al contrario ganó. Los últimos lienzos del autor del *Cromwell* transpiran una fé religiosa que conmueve, de cuya sinceridad han podido dudar ó mofarse tan sólo los enemigos personales del célebre pintor.

Esos acrecentamientos del espiritualismo, perjudiciales siempre en el hombre práctico que maneja los negocios públicos, y en el filósofo, no lo son en el artista: pues sin una fé cualquiera, pero poderosamente sentida, no hay entusiasmo, ni inspiracion posibles.— En la falta de una creencia hoy, por desgracia, casi general en el gremio artístico, es de buscarse la causa principal de la frialdad que esteriliza las producciones del arte contemporáneo.— ¿Es suya

la culpa? N6. Es de la sociedad que autoriza este ateísmo, que le estimula, postergando con dolencia criminal las reformas indispensables ya, de las añejas instituciones morales, que son los ejes mal firmes que rigen el edificio social. Pruebas de estas verdades son *hombres* que forman honrosa excepcion y que son el ancla de esperanza de la humanidad.

Delaroché fué uno de estos hombres, y si su obra no ha sido fecunda en grandes resultados, es porque el materialismo del siglo le puso trabas desde sus primeros días; y cuando ya empezaba á comprenderla, la mano helada de la muerte agostó en su madurez aquesta preciosa flor.

Pablo Delaroché había nacido en París el 26 de Julio de 1787. Su buena voluntad, y aún más, si se quiere, su gran talento, suplieron á la escasez de sus recursos, y en 1820 expuso algunos cuadros que llamaron la atencion del señor Thiers, entonces periodista, y cuyo retrato hecho 35 años despues por Delaroché, es uno de los mejores entre los bellísimos que hizo este artista.— En los ensayos de nuestro pintor, dicen los críticos, vése manifiesta la influencia del ilustre y desgraciado baron de Gros, su maestro, y de quien aprendió el modo de tratar tan primorosamente las escenas históricas.

De 1820 hasta fines de 1856, en que murió, Delaroché pintó como unos cien cuadros, comprendidos los muchos retratos segun la lista dada por Janin en su pretenciosa *Histoire littéraire de l'année*, que sirve de introduccion al *Almanaque de literatura y bellas artes* para el año de 1858.

Los mejores de estos cuadros son: *Cromwell delante del ataúd de Carlos I.*— *La muerte de Isabel, reina de Inglaterra.*— *La muerte de Duranti.*— *María Antonieta.*— *Cristo en el jardín de los olivos.*— *La Virgen y las santas mujeres; y el Amortajamiento de Jesús.*

De sus retratos se dijo que todos eran lindísimos, y de su semicírculo (gran cuadro pintado al fresco) del palacio de bellas artes, que bastaría á formar de por sí sólo la gloria de la pintura francesa y la inmortalidad de su autor.

Delaroché ganó con su pincel grandes sumas de dinero; pero nunca se doblegó para recogerle ni le mezquinó á nadie. Su bondad le hacía idolatrar de sus discípulos, y su buen trato le abría de par en par los salones más aristocráticos de París. Aunque pintó bastantes cuadros, los corregía muchísimo antes de exponerlos,

ó indulgentísimo para con los otros, era crítico bastante severo de sí mismo.

El buen ciudadano ha muerto, pero el digno sacerdote del arte vivirá aún por muchos siglos en los lienzos de Pablo Delacroix.

## V

## ARY SCHEFFER

La France vient de faire une perte irréparable: elle a perdu un grand artiste, et, disons mieux, elle perd un caractère, un exemple, un HOMME, enfin, et, dans le temps où nous sommes, c'est beaucoup perdre.

JULES JANIN.

Quando, en Junio de 1858, el célebre folletínista de los *Debates* empezaba de este modo su conmovedora necrología del artista eminente que acababa de bajar al sepulcro, tenía perfectamente razón. Mas aún que por su gran talento de artista, Ary Scheffer había sabido granjearse el aprecio universal por la nobleza de su corazón. En un siglo que parece haberse consagrado exclusivamente al cálculo material, en que el *poeta* se cree aislado de la sociedad si no empuña en su mano la espada de general ó no lleva debajo de su brazo la cartera de ministro, y la literatura se ha vuelto una explotación escandalosa, merece el loor de los buenos el espíritu culto y desinteresado como Ary Scheffer, que busca en la casta y continuada contemplación del arte la satisfacción que anhela el corazón del hombre. ¡Triste situación en la que el materialismo arrastró al arte, esa divina emanación del genio! En el siglo en que la crítica se ha elevado hasta la dignidad de estética, en que el idealista Manzoni arrebató al cielo una parte de su espiritualismo, tenemos que ir, nuevos Diógenes, en busca de un *verdadero sacerdote del arte!*

Nos parece haber dicho en la biografía de Delacroix, que, después de éste, el primado en la escuela romántica francesa pertenecía *par droit de conquête*, á Ary Scheffer; á lo menos así lo opinan los críticos franceses más autorizados en la materia. A. Jol, en su *En-*

*sayo sobre la escuela de pintura desde 1800 hasta 1834* (inserto en el tomo tercero del *Nouveau Tableau de Paris au XIX siècle*) establece la comparación siguiente, que no tiene visos de muy acertada, entre estos dos pintores *románticos*: « M. Scheffer y M. Delacroix son los dos hombres importantes de la escuela romántica; el primero es más popular; el otro tiene un valor más grande á los ojos de los artistas y de los *dilettanti*, porque tiene una individualidad más pronunciada. Si fuera permitido, yo diría que Eugenio Delacroix es el Byron, el Verdi de la pintura, y Ary Scheffer es su Lamartine, su Bellini.

Alma noble, tuvo el culto de la desdicha, y por eso amó tanto á la esclavizada Italia y á la desterrada familia del rey Luis Felipe y al noble proscripto italiano Daniel Manin, el dictador de la República de Venecia en 1849. Hablando del retrato de la ex-reina María Amelia, una de las últimas y mejores composiciones de Scheffer, dice Julio Janin que « no hay en toda Europa un hombre tan mal criado para no quitarse el sombrero en presencia de ese retrato. » Generoso como un artista del siglo XVI, no era ambicioso, y rehusó en 1848 la cruz de comendador de la legión de honor que le había ofrecido el gobierno del general Cavaignac por su digna y valiente comportación en las desastrosas jornadas de Junio. Enemigo, como todo espíritu liberal, del *hombre* funesto del 2 de Diciembre, rehusó los ofrecimientos que éste le hizo hacer. La muerte repentina de la duquesa de Nemours le afligió sobremanera y apresuró el fin de sus días. Dante, Goethe, Byron y Schiller eran los poetas que él, juntamente á la Biblia, solía estudiar, y á quienes pedía sus inspiraciones. *Francisca de Rimini, Medora, Mignon, el Uron, Cristo en medio de los niños, Cristo libertador*— estos lienzos que todos hemos visto cien veces reproducidos de mil maneras, revelan el origen á que acabamos de hacer referencia.

Creo útil concluir esta biografía traduciendo el corto pero exacto juicio que sobre el ilustre artista que nos ocupa escribió M. Eduardo Charton, redactor en jefe del *Magasin Pittoresque*:

« Ary Scheffer, pintor, nacido en 1795, en Dordrecht, muerto el 15 de Junio de 1858, en Argenteuil, en las cercanías de París. Entre todos los pintores de nuestra época, era aquel que miraba á expresar con el pincel los sentimientos más puros y más elevados. ¿Quién no conoce su *Cristo en medio de los afligidos, San Agustín y su madre?* Uno de sus últimos lienzos, *Jesús tentado por Satanás*, era una elevada alusión á la codicia, que, en nuestros

días seduce demasiado á la mayoría de las almas. Él dejó incompleto un cuadro en el que se ven criaturas humanas padeciendo, que se elevan gradualmente hácia el cielo, y cuyos dolores se calman y se trocan en esperanza á medida que se acercan á Dios. Muy instruido, de un carácter muy digno, sinceramente modesto, él era querido, apreciado y respetado por todos los hombres superiores de nuestra época. Artistas como éste honran el arte y le hacen amar. »

¡Dichoso el artista que merece semejantes elogios !

## V

## DELACROIX

Maintenant, la poussière de la lutte est tombée, et le maître longtemps qualifié d'enragé et de fou, apparaît radieux dans l'éclat d'une gloire sereine, désormais incontestable.

THÉOPHILE GAUTIER.

La potencia del colorido, que faltaba á Ingres, sobra á Delacroix ; pero, al contrario, éste carecía absolutamente de la correccion del dibujo que tanto se admiraba en aquél. Ambos, pues, eran artistas imperfectos: aquel que pudiera reunir en sí las prendas que ellos poseían, ese, de seguro, sería el primer artista de nuestro siglo, el émulo de Zeuzis y de Rafael. Desgraciadamente, hasta ahora no se ha presentado ninguno.

El jefe de la escuela pictórica romántica en Francia, nació en las cercanías de París el año 1798. Refiere él mismo en sus apuntes biográficos, que un loco hizo de él, cuando chiquillo, esta predicción: « Este niño se hará un hombre célebre; pero su vida será de las más laboriosas, de las más tormentosas, y siempre entregada á la contradicción. »

Después de la muerte de su padre, acacida en 1805, la madre de Eugenio Delacroix se estableció con su hijo en la capital del imperio. Eugenio Delacroix manifestó desde luego su propension hácia las bellas artes, y el premio de dibujo era siempre para él. El año 1816 entró de aprendiz en el estudio del baron Guérin, uno de los más célebres secuaces de David. Ary Scheffer y Géricault estaban también en el mismo estudio: ¿Quién podía presumir que del compasado y clásico Guérin debían salir los campeones

más ardientes y los jefes de la escuela romántica? No, por cierto, Guérin, quien tuvo siempre por Delacroix un desprecio particular. Cuando éste expuso en 1822 su primer cuadro, *La Barca del Dante*, su ilustre maestro exclamaba: « ¡Si lo dije yo, que era un loco! »

El mundo artístico é intelectual hallábase á la sazón en Francia en plena revolucion. Rossini en la música, Hugo y Lamartine en literatura, habían enarbolado el pendon revolucionario, disfrazándole bajo el nombre de romanticismo. Decir hoy que Rossini es un gran maestro, Lamartine y Hugo eminentes poetas, es cosa comunísima; pero entonces no era lo mismo: *dioses* para unos, esos genios eran unos *bárbaros* para otros; términos medios no los había: *aut Cesar, aut nihil*. La historia artistica y literaria de aquella época es muy curiosa é interesante, y nosotros trataremos de delinearle á grandes rasgos en la biografía del ilustre autor de *Las Hojas de Otoño*, *Hernani*, *Los Castigos*, *Los Miserables* y *La Leyenda de los Siglos*.

La pintura siguió el empuje: Géricault, con el magnífico *Naufragio de la Medusa*, dió la señal. Delacroix le siguió, y con la *Barca del Dante*, tomó el mando del movimiento, que hasta su muerte quedó en sus manos, pues Géricault, el único, acaso, que podía contrastársele, murió muy jóven, de resultas de una caída del caballo, después de haber dado tan espléndido ensayo de su talento.

El mérito de Eugenio Delacroix, hoy reconocido por todos, ha sido negado durante muchos años por los discípulos de Ingres y de David. La exposicion universal de 1855 ha sido para Delacroix un verdadero triunfo; se reconoció que sus enemigos habían exagerado sus defectos; se vió que ningun artista del siglo había poseído como él la ciencia de los colores: diríase, viendo sus lienzos y sus *frescos*, que él había arrebatado sus secretos á los maestros de la escuela veneciana. El arte con que Delacroix sabe disponer los colores y graduar el efecto de las sombras, hace ménos remarcable la imperfeccion del dibujo; imperfeccion que algunos críticos franceses, entre ellos Gautier, por un mal entendido orgullo nacional, se obstinaban en negar.

Querían que todos reconociesen en Delacroix el primer artista del siglo: esa era una exigencia inadmisibile, aún para la misma Francia, que podía oponer á este artista otros de un mérito equivalente, tales como Ingres, Delaroche, Vernet, Ary Scheffer y Géricault.

Delacroix ha tenido el tino de inspirarse siempre en los grandes poetas: su primer lienzo tiene á Dante, el coloso de la Edad Media, por patrono; *Marino Faliero* y los *due Foscarì*; Byron; el *Asesinato del Obispo de Liège*; Walter Scott; Shakespeare está en *Amleto en el cementerio*; el cantor de Herminia en el *Tasso en la cárcel*, y Goethe, el olímpico Goethe, como le llama un crítico italiano, en la *Margarita en la iglesia* y en los dibujos sobre el *Fausto* que todos hemos podido apreciar y que el mismo Goethe admiraba.

El lienzo animadísimo que representa *la libertad en las barricadas* ó sea la revolucion de 1830, ha sido inspirado á nuestro autor por los siguientes versos de Augusto Barbier, el Juvenal francés:

C'est que la liberté n'est pas une comtesse  
 Du noble faubourg Saint-Germain,  
 Une femme qu'un cri fait tomber en faiblesse,  
 Qui met du blanc et du carmin:  
 C'est une forte femme aux puissantes mamelles,  
 A la voix rauque, aux durs appas,  
 Qui, du brun sur la peau, du feu dans les prunelles,  
 Agile et marchant à grands pas,  
 Se plait aux cris du peuple, aux sanglantes mêlées,  
 Aux longs roulements des tambours,  
 A l'odeur de la poudre, aux lointaines volées  
 Des cloches et des canons sourds;  
 Qui ne prend ses amours que dans la populace,  
 Qui ne prête son large flanc  
 Qu'à des gents forts comme elle, et qui veut qu'on l'embrasse  
 Avec des bras rouges de sang.

El hábil pincel de Delacroix ha sabido reflejar perfectamente la imágen vigorosísima del autor de los *LAMBES*.

Ambicioso de mostrarse original, nuestro ilustre pintor no quiso nunca ir á Italia, para no sufrir la influencia de la escuela italiana. ¡Paradoja! ¿Acaso no fué él el más brillante *continuador* de Miguel Ángel, Ticiano y Veronese? No fué á Italia, pero se formó en el Louvre, en donde están los originales ó las copias de las principales producciones del pincel italiano, ¡y pretendía escaparse de esta influencia!

Un viaje que hizo á Africa nos valió una série de cuadros de

costumbres africanas, no siempre fieles á los modelos, pese á los idólatras del jefe de los románticos. La *caza de los leones*, pues, es sobremanera exagerada ó inverosímil.

El cuadro de la *Matanza de Scio*, expuesto en 1824, es la obra principal de Eugenio Delacroix. — Su retrato de Jorgo Sand en traje varonil ha sido reproducido ininidad de veces por el grabado, y la grande escritora remuneró al artista con su amistad y con un espléndido elogio en la última parte de la *Historia de mi vida*. — Además de una cantidad considerable de lienzos, tiene Delacroix pinturas al fresco muy remarcables en las salas de las Cámaras de Diputados y de los Pares, en el Louvre, en el Palacio Municipal y en la iglesia de San Sulpicio.

Delacroix manejó tambien la pluma, y sus biografías de artistas, insertas en el *Plutarco francés*, y los estudios sobre bellas artes, publicados en la *Revue des deux mondes*, muestran sus estudios profundos sobre el arte, del que fué un verdadero cultivador, noble y desinteresado. Sus defectos y sus méritos eran los de un gran artista: su gloria, contrastada con ahinco, ya es reconocida y universal. Eugenio Delacroix tenía derecho á un puesto de honor en la historia del arte contemporáneo, y nadie ya se lo disputaba cuando murió en Agosto de 1863. — En este mismo año de 1885, París se prepara á celebrar la apoteosis de Eugenio Delacroix con una pública exposicion de sus cuadros: y es precisamente esta exposicion y la de los lienzos de Delaroche, que nos llevó á empezar, con las biografías de los grandes pintores franceses, esta série de *Celebridades contemporáneas*, en la que iremos alternando los vivientes con los muertos y que constituirá, si continúa, una pequeña *Galería biográfica de literatos y artistas del siglo XIX*, que no debiera desagradar del todo á los lectores de los ANALES DEL ATENEO DEL URUGUAY.

## Entre libros y periódicos

APUNTES DE UN BIBLIÓFILO

POR DON LUIS D. DESTEFANIS

## XXIV

ENSAYO SOBRE BUCKLE

(Continuacion)

Cuando Buckle escribía, era floreciente la escuela de Manchester, que ponderaba hasta el exceso la iniciativa individual, base de todo progreso económico. J. S. Mill, Spencer y Darwin inspiráronse también en esas doctrinas, tan apropiadas entonces á la situación en que se hallaba el pueblo inglés, y el tratado del primero sobre *La Libertad* despertó en Inglaterra tal entusiasmo, que se le llamó « El Evangelio del Siglo XIX ». Buckle, como tantos otros, « cedió á esa misma tendencia, que á la verdad informa todo su libro, y que unida al mérito de su estilo, ha sido causa no última de su temporánea, pero grande popularidad. »

Aplicando ese método á la historia, aislando y examinando separadamente los fenómenos sociales, el autor llega « á la conclusion, establecida de antemano, que todo progreso deriva de la libre iniciativa de la razon individual; todo mal, de los obstáculos que se le oponen. Basta remover los obstáculos para que empiece, acto continuo, el progreso. Y los obstáculos principales son dos: la naturaleza exterior que á menudo oprime al hombre, máxime en los países demasiado cálidos; los gobiernos y las religiones, que por querer siempre proteger y guiar, concluyen por detener la marcha natural de la sociedad. Solamente cuando el individuo, como acontece en Europa, es bastante fuerte para subyugar la naturaleza y, mediante la duda filosófica, consigue librarse de las preocupaciones religiosas y políticas, solamente entonces tenemos un verdadero progreso.

« Podría preguntarse :

« ¿ Pero el hombre no es un producto de la naturaleza ? ¿ Cómo es, pues, que ésta le es enemiga ? Los gobiernos y las religiones ¿ no son un producto del espíritu humano ? ¿ Cómo es, pues, que le hacen esa guerra continuada ?

« Pero Buckle separó en su mente la naturaleza, los gobiernos, las religiones y el hombre, y también, cuando estudia las relaciones que median entre ellos, examina cada cosa por separado, independiente del todo de las demás. Animado siempre del propósito de demostrar que las libres fuerzas intelectuales del hombre son la fuente de todo bien social, él emprende su largo viaje ideal. Con esa antorcha en la mano, hecho apóstol de libertad, eré se poder alumbrar de nueva luz eléctrica toda la historia. »

La ciencia de la historia debe, pues, ocuparse principalmente de la naturaleza y del hombre y mostrar cómo y en dónde éste se emancipa de aquélla.

« Empezando por la naturaleza, Buckle niega desde luego, sin ninguna razon suficiente, toda importancia á las diferencias de raza, que llama hipotéticas. Quizás el fenómeno es demasiado complejo para que pueda con el método de separacion adoptado por él serle intelijible. Lo cierto es que en la historia primitiva del hombre hay un período en que la importancia de las razas es máxima, y nunca desaparece del todo.

« Nuestro autor examina, por el contrario, la accion que ejercen sobre la civilizacion la comida, el suelo, el clima, el aspecto de la naturaleza. La fertilidad del suelo, dice, trae abundancia de comida, alcanzada con poco trabajo; el clima caluroso mantiene las fuerzas del hombre con una pequeña cantidad de legumbres, que la tierra fácilmente produce. Al labrador no le es necesaria, la carne, para cuyo logro es preciso exponerse á los ejercicios y á los peligros de la caza. La primera consecuencia que resulta de todo eso es un rápido aumento de la riqueza, base necesaria de toda civilizacion. La poblacion se multiplica igualmente, y la multitud de brazos que se ofrecen al trabajo rebaja el salario, dando así origen por un lado á una clase de ricos propietarios y por el otro á una mucho más numerosa de proletarios, que despues se vuelven esclavos. La riqueza, rápidamente crecida, se reparte con grande desigualdad, y ésta es la segunda consecuencia del suelo fértil y del clima caliente.

« Todo eso sucede en los trópicos, donde la civilizacion empieza

desde luego, pero se detiene de repente y no sigue más adelante.

« En los países fríos, por el contrario, se precisa una cantidad mayor de comida animal, y mayor energía para procurársela: el suelo ménos fértil requiere un trabajo más cargoso y regular. El aumento de la poblacion es en ellos ménos rápido, se ofrecen un número menor de brazos para el trabajo, el salario es más elevado, y por ende la riqueza no se aglomera tanto en pocas manos. Por eso, estos países son democráticos, así como son aristocráticos los países cálidos cerca de los trópicos.

« Y con esto, Buckle cree haber « descubierto de un modo hasta ahora desconocido », la relacion que pasa entre el mundo físico y el moral. — Son infinitas, dice él, las aplicaciones de esta « nueva ley » á la historia, como infinitas son las pruebas que de su verdad pueden alegarse.

Y cita los ejemplos de los tártaros, de África, de la América Central, de la India, y luego pasa á Europa: en Grecia, á pesar de su vecindad con el Asia, el hombre lucha contra la naturaleza y la vence; la imaginacion es todavía desbordante, pero « el arte y la ciencia empiezan á resplandecer de luz brillante. . . la libertad está fundada; empieza el progreso verdadero. »

*(Continuará).*